

popular-film



intraducible



Exposición de Madrid

¡EL ENCANTO DEL PAISAJE ESPAÑOL!...

¡LA BELLEZA DE SU CIELO!...

¡LA DULCE POESIA SENSUAL
DE LA TIERRA ANDALUZA!...



SELECCIONES CAPITOLIO

SIERRA DE RONDA

¡UN BRILLANTE PRESENTE
DEL CINEMA NACIONAL!...

HOY Y TODOS LOS DÍAS EN

KURSAAL



Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador S. Torres Benet

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfonos 80150-80159 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique

Director musical: Maestro G. Fauré

26 DE ABRIL DE 1934

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Narváez, 60CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:
Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbadá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irán
Dr. Romagosa, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

UN DESTELLO DE AMÉRICA

La honradez bien entendida es una cualidad altamente estimable. Los hombres que la poseen la manifiestan, sin saberlo, en todos sus actos y en todas sus actividades.

En el cinema, arte eminentemente sugestivo, se refleja, cuando existe, esta noble cualidad.

Un espíritu preparado, capaz, puede afirmar, después de presenciar un film, si la intención que presidió su realización era loable o egoísta.

La mayor parte de las obras cinematográficas que llegan a nuestras pantallas, carecen de esa franqueza propia del animador honrado. Por eso nunca perdonaremos a Cecil B. de Mille el haber realizado films como «El signo de la cruz». En él quiso De Mille únicamente exaltar los sentimientos religiosos de las multitudes. Pero sin poner espíritu en la realización. Sin sentir lo que quería hacer sentir a los demás. Por eso, «El signo de la cruz» resulta falso, hipócrita, deshumanizado.

Otros realizadores, por el contrario, se entregan por completo a su obra. Enamorados del tema, ponen en la realización su más noble empeño. Ocurre con frecuencia que se equivocan. Pretenden exponer vitales problemas, presentando sólo falsedades y prejuicios. Creen obrar bien, e incoscientemente, engañan. Este es el caso en que Frank Lloyd se ha situado con su último film «Cabalgata».

Existe otra categoría de directores, la menos numerosa y la más digna de aprecio, que produce obras humanísimas, honradas y categóricas, en las que ponen su alma y su cerebro. Se desposeen de prejuicios para realizarlas.

Ellos son los que mantienen la categoría artística del cine. Los que evitan que éste se hunda por completo en la degradación.

El último realizador que ha ingresado en el grupo de los directores honrados es Alfred Santell.

Su más reciente film, «Bondage», presentado en España con el título de «Esclavitud», es algo tan sencillo, a la par que conmovedor, que es imposible dudar de la buena fe del realizador al producirlo.

«Esclavitud» es un film tan magnífico, tan emotivo, tan pletórico en ricas sugerencias y tan suavemente matizado, que el nombre de su director merece ser escrito, en justicia, entre los realizadores de primera línea.

Hay en la cinta poesía, como la que comunicaba Murnau a sus imágenes. Hay también crudeza; la de un Stroheim o un Pabst, pero suavizada. Y hay un sentimiento de amor y humanidad profundamente marcado; tanto como un Borzage puede infiltrar a algunos de sus films.

Todas las escenas de «Bondage», de la

primera a la última, están animadas de un ritmo lento, dulce, adecuado a la acción. Sin esa pedantería en forma de técnica tan frecuente entre los realizadores vacuos y triviales, que pretenden disimular la ausencia de contenido en sus films con cuatro deslumbrantes movimientos de cámara.

Técnicamente, «Esclavitud» es un film excelente.

En lo referente a contenido, perfecto.

¿Qué más se puede pedir a un realizador americano sometido al control de los grandes magnates del celuloide?

En «Esclavitud» se dignifica a la prostituta. ¿Cuándo y cómo han tratado este tema los yanquis?

Casi podríamos decir que «Bondage» es el único film americano que estudia este problema desde su auténtico punto de vista.

Europa tiene una cinta del mismo tema que la que ahora ha realizado Santell en América: «Tres páginas de un diario».

Hay entre el film de Pabst y «Esclavitud», analogías y diferencias.

Ambos coinciden en el fondo.

Pero difieren en la expresión.

Tanto Pabst como Alfred Santell, conocen el drama de esa muchachita buena, pero de voluntad débil, que se entrega al hombre que sabe hablarle de un modo diferente a como los demás lo hacen.

Saben también, tanto uno como otro, que esta misma muchachita encontrará después, entre sus familiares, caras ásperas y frases duras. Oirá hablar de la dignidad, del nombre, del honor. Se verá recluida en una casa de corrección o en un asilo de maternidad.

Sus familiares no querrán oír hablar de ella.

Luego se quedarán muy extrañados al enterarse de que su hija es una prostituta.

Y la maldecirán.

Y la infeliz muchacha, ¿qué había de ha-

cer si se encontraba sin cariño, sin consuelo y sin pan?

Todo esto lo saben Pabst y Santell. Cada uno de ellos hace un film.

Y se lo muestran al mundo.

Pabst, en Europa.

Santell, en América.

El primero se muestra altivo y duro.

El segundo, de un modo más dulce y suave, más bello, dice las mismas cosas que el anterior, sin la violencia de éste.

Pabst, exige.

Santell, ruega.

Todo el magnífico ritmo de «Esclavitud» falta por completo en «Tres páginas de un diario».

Tiene la obra de Santell una poesía, una emoción dulce, una suave melancolía que en modo alguno se encuentra en el film de Pabst.

Deducimos que éste hizo «Tres páginas de un diario» de un modo mecánico, cerebral. Estaba convencido de la tesis del film, y para expresarla prescindió del alma. Usó el cerebro.

Alfred Santell, por el contrario, puso su alma entera al servicio de su obra, al mismo tiempo que todas sus facultades intelectuales.

No queremos expresar con esto que «Tres páginas de un diario» sea una cinta mediana. Siempre ha sido, para nosotros, un film soberbio, destructor de prejuicios y pregoador de verdades.

Puede estar realizado de un modo que hable más directamente al cerebro que al alma, pero no por eso ha de dejar de tener esa fuerza de expresión tan característica en todas las producciones de Pabst.

Nos hallamos, pues, en presencia de dos films de idéntico tema. Uno dice a la mente, lo que el otro a ésta y al alma.

Hemos de reconocer la superioridad del segundo sobre el primero. A él debemos dar nuestra preferencia, ya que su realizador ha sabido conseguir un film más completo que su colega europeo.

Mas no es esto sólo.

Tiene «Esclavitud», además, valor de símbolo. Representa el triunfo de América sobre el Viejo Mundo.

La elevación artística definitiva de la U. S. A. sobre Europa.

¿Sabrán los jóvenes realizadores yanquis mantener la categoría artística de su país?

Nada tendría de extraño, pues Europa, con sus cintas patrióticas y las operetas anodinas, está en un plano mucho más inferior, cinematográficamente hablando, que antes de ocurrir un trascendental hecho político en una de las más fuertes potencias cinematográficas del continente.

CARLOS SERRANO DE OSMA

nuestra
Portada

En la portada del presente
número, la bellísima actriz
de la Paramount, Toby
Wing.

En la contraportada, una
escena de la producción de
Artistas Asociados, de que
es protagonista Eddie Can-
tor, «Roman Scandals».

ASPECTOS DIVERSOS

«Los Nibelungos», el film que reveló a Fritz Lang como a uno de los mejores directores de la pantalla mundial, ha hecho su segunda aparición. Con éxito creciente entre los viejos aficionados. Con menguado éxito entre el público en general.

Para los primeros ha constituido un exquisito manjar, que han devorado con avidez, con ansia. Para los segundos ha sido, lo que vulgarmente se denomina en el lenguaje cineístico, un tostón.

Todo lo cual viene a demostrar la necesidad de una mayor existencia de cines clubs, punto sobre el que he insistido—e insistiré—un sinnúmero de veces.

«Los Nibelungos» es uno de los films que con mayor motivo deberían ser colocados hoy día en sesiones de tal índole; de cine retrospectivo. De este modo se evitaría—al menos en parte—el espectáculo, para muchos doloroso, de público que se cree engañado, cuando en realidad es él mismo el que se ha equivocado. Cosa bien distinta ciertamente. Al menos, ante el anuncio de «cine para minorías», el que acudiera iría conscientemente a someterse, valga el pleonismo, a la mayoría asistente o, en último caso, a adoptar una actitud de mesura y de principios estéticos.

★

¿Qué suerte correrán en América Dorotea Wieck y Lilian Harvey, dos de las mejores actrices europeas?

De Lilian nos han presentado dos films realizados en los estudios americanos: mediocres ambos. Por lo que, con fundamento, nos tememos que la gentil estrella anglo-germana se eclipse—mejor dicho, la eclipsen—, al igual de lo que les ha sucedido a la inmensa mayoría de las artistas europeas captadas por los yanquis.

Queda una esperanza, sin embargo, su fracaso, que traería emparejado su retorno a París o Berlín. De este modo, tal vez recu-

nuestro compatriota don Gregorio Martínez Sierra. Después de su proyección podrá decirse si los norteamericanos la quieren para conservarla o, sencillamente, para hacer posible su destierro artístico.

★

En la capital, algunos salones han rebajado el precio de las localidades en una proporción considerable. Lo que debe ser un motivo de satisfacción para el público... y para los empresarios mismos.

Es casi imposible que asista cantidad de espectadores a locales que, como el Capitol, Callao, Palacio de la Música y algún otro, oscilan los precios entre 2,50 y 7 pesetas; esto, es indudable, sólo está al alcance de los capitalistas.

El sistema de llenar el salón es el implantado por la Opera, uno de los cines de abolengo, poniendo el precio a una peseta todas las localidades. Aun estrenando, no debe exceder, en ningún caso, de dos pesetas.

Claro es que para tratar el problema a fondo, habría que oír los razonamientos que expusieran los empresarios. No obstante, por muchos que sean, 7 pesetas es una cantidad tan respetable...

★

En una nota del señor Mar, publicada el



lo blanco es blanco y lo negro, negro.

Los compañeros del Grupo, colectivamente, han decidido no contestar al señor Mar, acuerdo del que participo. Ahora bien, particularmente, y sin ánimo de entablar polémica, voy a decir al señor Mar lo que sigue:

Pretender que lo blanco sea blanco y lo negro sea negro, es, sin duda, pretender una ley natural. Esto, que a primera vista parece incongruente, es de un valor superior al que le da usted, por la sencilla razón de que en la actualidad la mayoría de la mal llamada crítica cinematográfica desea, a toda costa, demostrar al profano que lo blanco es negro y viceversa. Entérese bien de que en Madrid, en nuestra esfera, existen muchos, muchos compañeros de esos.

G. E. C. I. desarrolla, además, una labor positiva en pro del cinema. Basta atenerse al éxito conseguido en las dos sesiones de cine club organizadas bajo su dirección.

He dicho al principio que no escribía estas líneas con ánimo de entablar polémica. Lo ratifico.

En consecuencia he de añadir al señor Mar que procure—desde luego, es bien libre de hacerlo—no molestarse en insistir, pues sus líneas, muy en contra de lo que parecen ser sus deseos, es más que probable que no hallen eco. Ni colectiva ni individualmente.

Una aclaración—o como quiera catalogarla—final, señor Mar: ¿sabe usted a lo que nosotros decimos llamar blanco a lo negro y negro a lo blanco? A decir—dése bien por aludido—que «Boliche» es un buen film. Todo ello después de una serie de consideraciones más o menos descabadas y, en concreto, sinónimas. (En este caso ya no puede hablarse ni de gustos, es algo terriblemente ilógico.)

PEDRO ALVAREZ

Madrid, abril.



peraría el cinema la adorable personalidad de Lilian.

En cuanto a Dorotea Wieck no estimo oportuno hablar sin fundamento de causa. Próximo estará el estreno de su primera producción americana, «Canción de cuna», de

día 5 de los corrientes, por cierto profundamente filosófica, ya que en concreto no se desprende de ella concepto alguno, parece indicarse que el Grupo de Escritores Cinematográficos Independientes es de ineficacia absoluta, puesto que pretende demostrar que

Prepare su agua de
mesa con las Sales

Lífnicas Dalmau

ARTISTAS ESPAÑOLES



Antonio Portago, protagonista de "Sierra de Ronda", se destaca en este film como uno de los más firmes valores interpretativos del cinema nacional.

¿En qué invertiría usted un millón de dólares?

¿Cuánto debe durar un beso?

¿Ha pedido usted la camisa de su "estrella" favorita?

¿Cuál es la ciudad de las cien cabezas?

¿Qué hay que hacer para convertir Barcelona en un Nueva York?

¿Quién gana ciento cincuenta dólares en cinco minutos y no es millonario?

¿En qué está el secreto de la juventud de las norteamericanas?

¿Cómo se puede acabar con los ladrones?

¿Cuánta leche toman las "estrellas" de Hollywood?

A la vez que se entera de estas y otras singulares cuestiones, le pondrá de buen humor la lectura de

**Como
ovejas
descarriadas**



de AURELIO PEGO



*En las
principales
librerías.*

**EDITORIAL
MORATA**

Zurbano, 1 - Madrid.

DIVAGACIONES

A la luz de la pantalla blanca

Mi espectador, Justo Martín (véase: Un espectador toma la palabra en esta revista, números de los días 1, 8 y 15 del mes de marzo), no quiere escribir, según propia confesión. Como lo demuestran las siguientes cuartillas, lo ha hecho, siquiera sea sin intención de que viesen, la luz. Las encontré entre las hojas de un libro suyo y, después de ordenarlas como mejor he sabido, las doy a conocer taciendo nuestra amistad.

1.

A veces, me encuentro en disposición de matar a los productores, al público y a los críticos. Si los primeros especulan a base de las Ideas y del Arte, los últimos, en el mejor de los casos, quieren hacer tragar a sus lectores todos los tópicos, en su mayor parte falsos, sacados de nadie sabe dónde. A los espectadores, por aceptar con benevolencia muchas películas. ¿Películas malas? No, películas aburridas y cargantes. Películas falsas. Por no patearlas rabiosamente. Y, a la inversa, a esos niños que llegan a las salas cinematográficas dispuestos a patear todo lo que se les ponga por delante.

¡Matarlos! Todos tendrán miedo ante ella; de nada les servirá haber visto tantas muertes heroicas o apacibles en la pantalla. Morirán con miedo.

¡Matarlos! Antes, hacerlos sufrir. A los críticos, sobre todo. A los gacetilleros recostados sin inquietudes en la mísera retribución con que les pagan sus alabanzas. A los que alaban la más ínfima película yanqui, seducidos por el dólar (O. A.) y a los exaltadores de ese cinema comunista desconocido por ellos, desconocido por todos, pretendiendo presentarle como la fórmula más perfecta del Arte de nuestros días. ¡Fórmula! ¡Dinero! El Arte no puede reducirse a una fórmula ni a un capital.



HIPNOTISMO

¿Desearía Ud. poseer aquel misterioso poder que fascina a los hombres y a las mujeres, influye en sus pensamientos, rige sus deseos y hace del que lo posee el árbitro de todas las situaciones? La vida está llena de felices perspectivas para aquellos que han desarrollado sus poderes magnéticos. Usted puede aprenderlo en su casa. Le dará el poder de curar las dolencias corporales y las malas costumbres, sin necesidad de drogas. Podrá Ud. ganar la amistad y el amor de otras personas, aumentar su entrada pecuniaria, satisfacer sus anhelos, desechar los pensamientos enojosos de su mente, mejorar la memoria y desarrollar tales poderes magnéticos que le harán capaz de derribar cuantos obstáculos se opongan a su éxito en la vida.

Ud. podrá hipnotizar a otra persona instantáneamente, entregarse al sueño, y hacer dormir a otro a cualquiera hora del día o de la noche. Podrá también disipar las dolencias físicas y morales. Nuestro libro gratuito contiene todos los secretos de esta maravillosa ciencia. Explica el modo de emplear ese poder para mejorar su condición en la vida. Ha recibido la entusiasta aprobación de abogados, médicos, hombres de negocios y damas de la alta sociedad. Beneficié a todo el mundo y no cuesta nada. Lo regalamos a fin de anunciar nuestro Instituto. Pídale hoy, enviándonos, si lo desea, algunos sellos de Correos de su país para ayudar en los gastos de porte y de expedición.

— El franqueo de una carta para Francia es de 40 céntimos —.

Sage Institute, Dept. 86

Rue d'Amsterdam, 43, PARÍS VIII - FRANCE

No puede ser llamada artística una producción llevada a cabo por un sistema tayloriano. No puede ser Arte el recipiente donde se contienen todos los dogmas de un sistema doctrinal, hecho bajo la égida de una bandera política.

El Arte es libre y, cuando surge, lo hace a pesar de la política, a pesar del dinero, a pesar de la técnica, a pesar de las limitaciones de su autor y a pesar de los espectadores. A pesar de las cadenas, el Arte se fuga cuando siente deseos de aire puro, y atraviesa todas las líneas de centinelas, puestos a disparar.

Salte un conejo, sale Pabst con *L'Opéra de quat'sous* bajo el brazo. Al instante todos se levantan: ¡Fuego! ¡Limitaciones pequeñoburguesas! ¡Fuego! ¡Limitaciones artísticas! ¡Fuego! ¡Falta de claridad! ¡Fuego! ¡Simbolismos! ¡Fuego! ¡Revolucionaria! ¡Fuego! ¡Contrarrevolucionaria! ¡Fuego! A pesar de todo, el conejo pasa y triunfa.

Es duro decir esas cosas, pero lo más cierto es que de todas las opiniones, no hay una sola sin equivocación, todas se reducen a: Yo tengo razón. Contra ti. Para mí.

2. Nueva terminología

Arte.—Según éstos, la creación más sublime del estrato superior de la inteligencia humana. Dicen esos que es una máquina productora de dinero. Aquellos afirman su estupidez sin igual. Impecabilidad y claridad para unos, mugre y oscuridad para los otros.

Cine.—Recurso para hacer transcurrir soporíferamente las tardes lluviosas.

Cinema.—Palabra inventada para huir del vulgar *cine* y del mecánico *cinematógrafo*. Algunos cándidos le suponen el séptimo arte. Ehrenburg le considera como una colosal fábrica de sueños. Otros le denominan arte realista por excelencia. Con tantas opiniones opuestas, nos quedamos sin enterarnos.

Cinema soviético.—Fantasma muy temido que, muy de vez en cuando, se da una vueltecita por estos barrios españoles, si logra encontrar el necesario pasaporte.

Cinema «nazi».—Opositor al cargo de fantasma número dos. «Vaudeville» intrascendente sobre la vida y la muerte, llevado a la pantalla.

Fotogenia.—Pretexto para frecuentar a menudo la casa del fotógrafo. También se dice así cuando la cámara convierte lo feo en hermoso.

Vanguardia.—Se dice del cinema hecho por unos locos para solaz de otros locos. Al cabo del correr del tiempo, esas locuras son aceptadas y aplaudidas por la mayoría.

Película.—Llamada también banda, cinta, film y cinegrama. Tira agujereada de nitro o acetilcelulosa, con manchitas negras de plata reducida. A veces se dice que allí se encuentra una gran idea. Todo es posible.

Adaptación cinematográfica.—Realizar todo lo contrario del fin perseguido por el autor de la obra original. *Obra original.*—Víctima, más o menos inocente, de un atentado artísticoideológico.

Director.—Nombre que, apareciendo al principio de algunas películas, las valoriza y consigue controversias entre críticos. Muchas veces inocentes de las mamarrachadas que le son atribuidas.

Actor.—Elemento muy poco apreciado y casi desconocido. Versiones evidentemente fantásticas y muy exageradas, poco dignas de crédito, llegan a afirmar la existencia de tres o cuatro.

Estrella.—Actor que, según la interpretación popular, recibe cheques semanales de cuatro o cinco cifras. En inglés, *star*. No es raro que se disparen y llenen unas cuantas páginas de cualquier revista.

Hollywood.—Mito moderno. Goza de gran

popularidad creada por una *réclame* adecuada.

Producción española.—Véase en cualquier diccionario el exacto significado de la palabra *Utopía*.

Noticiario.—Actualidades de hace tres meses, producidas en serie: Cincuenta carreras de caballos, treinta y siete desfiles militares, setenta y cinco procesiones y entierros, diez y nueve entrevistas políticas, cuarenta y dos escenas de *ski* y patinaje, etc.

Censura.—Tijera casi uautomática funcionando en cualquier sitio y tiempo. Planta muy abundante y de gran rendimiento.

Espectador.—Valor cotizable en la bolsa del cinema. El cambio oscila entre un humilde real y seis u ocho pesetas. En el extranjero alcanza con facilidad los dos dólares.

Espectadora.—Jovencita de diez a cuarenta años soñando con ser artista en Hollywood.

Público.—El que paga el pato.

Crítico independiente.—Ser absurdo y falto de fundamento. Trata de convencer de que lo blanco es blanco y lo negro, negro. Por fortuna, esta especie va desapareciendo con el tiempo y se agarran como lapas a lo que les den.

Éxito clamoroso.—Cualquier film. (Versión oficial.)

Originalidad.—En el mismo diccionario de antes o, mejor aún, en una enciclopedia, acúdase a la voz *Antigüedad*.

Academia cinematográfica.—Todo (menos academia y menos cinematográfica).

3. A porrazo limpio

¡Vaya una semanita que me he pasado! ¡Viva la cinematografía!

El domingo por la mañana, *El poder y la gloria*, de William K. Howard, cuatrocientos dos muertos. Por la tarde, *El hombre invisible*, de James Whale. Una catástrofe ferroviaria, un automóvil despenado, golpes, etcétera. Echamos en total unos seiscientos fallecidos, pero será mejor dejar aparte las estadísticas.

El lunes: *El túnel*, de Kurt Bernard, una gran catástrofe con cientos de desaparecidos y muertos. *El relicario*, de Ricardo Baños, no tiene nada más, en su modestia, que un asesinato y una cogida por un toro. *Taxi*, de no sé quién, se queda en dos muertos, si quiera uno no lo veamos. No está mal para un día.

Martes: *Barrio chino*, de William W. Wellman, con un terremoto provisto de sus numerosas víctimas correspondientes y un par más de muertes violentas. *El rey de los fósforos* se conforma con un suicidio como final.

(Continuará)

usando
esmalte uñas

MATA HARI

será Ud
distinguida

La manía de la clasificación

El afán clasificador se ha acentuado en los Estados Unidos hasta un extremo alarmante.

Es cierto que la clasificación es el primer paso para llegar a la base de una ordenada estadística, como también lo es que la estadística es una ciencia de gran utilidad. Por eso cuando la clasificación obedece a un orden lógico y bien determinado es, no sólo aceptable, sino conveniente.

Pero lo malo del caso es que aquí, en muchos terrenos, se clasifica «a palo de ciego», como si dijéramos, de un modo arbitrario y ridículo. Y si esto es cierto en general, lo es mucho más cuando se trata del cinematógrafo, especialmente en lo que se refiere a los actores.

Parece como si el ideal de la Oficina de Repartos de cada estudio fuese tener un casillero con divisiones, subdivisiones y apartados y subapartados en cada subdivisión, con los nombres de todos los artistas que hayan trabajado o tengan probabilidades de trabajar en el futuro. Colocados los innumerables nombres en los correspondientes lugares del casillero, cuando se aceptase una historia para ser filmada, después de escribirse la continuidad cinematográfica, todo lo que habría que hacer sería decir a la Oficina de Repartos: «Necesitamos un No. 1A, dos 3B, uno 5C, Nos. 1D, 2D, 3D, 7D, 8D y cien 9K».

El director de la oficina buscaría las divisiones que correspondiesen a las letras y las subdivisiones de acuerdo con los números, y podría, en pocos momentos, tener extendida sobre su mesa de trabajo la más completa información, descriptiva y fotográfica, de los actores y actrices que se necesitasen para la película en proyecto. Los apartados y subapartados podrían referirse a las pretensiones particulares de cada aspirante, en cuanto a salario y otras condiciones. Y, una vez hecha la más lógica decisión en cada caso, unos minutos de teléfono lo arreglarían todo.

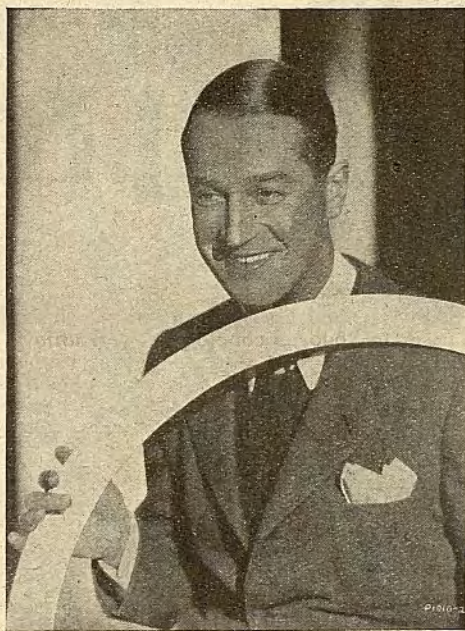
Recuerdo lo que decía una linda actriz francesa contratada por la Metro-Goldwyn-Mayer por seis meses, en los que recibió el salario prometido, pero no tomó parte en película alguna: «Lo mismo que el dependiente de una tienda de comestibles al oír el nombre de la mercancía que solicita un parroquiano se dirige sin vacilar al estante donde se encuentra y la trae en pocos momentos, así, como si fuesen mercancías, se procederá con los actores cinematográficos el día que el afán clasificador de los estudios haya llegado al grado de perfección que sus ejecutivos se proponen».

Ahora bien: mientras ese día llega, los estudios cometen toda clase de arbitrariedades en su ceguera clasificadora.

Se clasifica a los actores y actrices por su aspecto exterior, teniendo en cuenta sólo su cara y su tipo, sin querer comprender que el cine es cada día más del dominio general y, por lo tanto, debe ser un exacto reflejo de la realidad, y en la vida real la cara no es siempre espejo del alma.

Si un hombre tiene cara de infeliz, aunque no haya hecho una acción buena en toda su vida y se sienta, en cambio, capaz de todas las maldades, hoy, y mañana, ¡y siempre!, le veremos en la pantalla como héroe que despierta la admiración envidiosa de los hombres y conquista la rendida curiosidad de las mujeres. Si, por el contrario, uno tiene cara feroz, aunque sea bueno, extremadamente bueno, ¡no hay remedio!, si quiere vivir del cine, tendrá que comer toda clase de villanías ante la cámara y vanagloriarse de ellas ante el micrófono con voz de trueno. Lo que no será obstáculo para que el primero de esos hombres sonría con despreciativo desdén al verse en la pantalla, no comprendiendo cómo puede haber hombres tan infelices... ni para que el segundo se horrorice ante su propia obra y piense aterrado: «¡Dios mío! ¿Cómo podrá haber hombres tan granujas como ese?»

Ni siquiera se piensa que si todos los maldados tuvieran cara de serlo llevarían a cabo muy pocas maldades, porque la gente, prevenida por su aspecto, no se dejaría engañar; antes bien, estaría siempre a la defensiva contra ellos; por el contrario, son las personas que más confianza nos inspiran las que con mayor facilidad y más frecuen-



cia nos engañan. A este respecto vienen como anillo al dedo las dos siguientes anécdotas:

Se necesitaba un actor (en realidad, poco más que un «extra») para representar el papel de un criminal empedernido; se presentaron en el estudio una infinidad de aspirantes, entre ellos uno que decía haber trabajado en el teatro. Cuando le llegó el

turno, el director apenas le miró ni mostró el menor interés por él; era un hombre de aspecto insignificante. Pero el supuesto actor se acercó más al director y reclamó con convicción su mejor derecho a representar la parte en cuestión. El era un viejo actor y podría representarla a entera satisfacción de los más exigentes. Nadie como él para un papel de esa naturaleza. El director, ya cansado de su persistencia, le dijo con la mayor naturalidad, no exenta de lástima: «No insista usted, no me sirve. ¿Quién va a creer que usted puede ser un criminal con esa cara de «pobre hombre»? Y lo extraordinario del caso era que el «pobre hombre» ¡acababa de salir de presidio por doble asesinato! Y era lo que él decía: «En todas las representaciones en el teatro del presidio hice siempre de persona decente, y llegué a creerme que acaso había nacido para serlo; y ahora, porque parezco una persona decente, no puedo ganarme el pan. ¡Si quiero vivir voy a tener que dejar de serlo otra vez!»

Uno de los actores que más caros se hacen pagar y que durante varios años sólo tomó parte en películas de esas en las que poco menos que se glorifica a todos los factores del hampa norteamericana, contrabandistas, tahures, ladrones, violadores y asesinos, me había hecho adivinar en él un buen corazón que sus múltiples fechorías en la pantalla no habían conseguido ocultar. Cuando le vi en persona por primera vez me pareció que estaba actuando en mi presencia y en mi beneficio, como si estuviera frente a la cámara; sus gestos y ademanes, su acento, su mirada, eran los que tantas veces a tantos millares de personas habían inquietado en el cinematógrafo. Empecé a pensar que me había equivocado, que el conocido actor era en la vida tan duro y cruel como se presentaba ante el público. Cuando empezaba a imaginar que era un peligro que hombres como él anduviesen sueltos por la calle, se dejó oír un ruido como de algo que golpease contra el vidrio de una ventana. El «villano» y yo nos dirigimos hacia ella al mismo tiempo y la abrimos. En el alféizar había un pajarillo herido, al parecer, por los picotazos de un ave mayor. El actor cogió el animalito en la palma de la mano derecha y se lo acercó a los labios. Al mismo tiempo que lo besaba, de sus ojos escaparon dos lágrimas. Después me miró un poco avergonzado, y murmuró: «No puedo ver el sufrimiento ajeno, mucho menos el de un animal indefenso. Tal vez tengo alma de mujer.»

Hay muy pocos actores o actrices que hayan representado diferentes personajes de distinta psicología o de diferentes edades. Hay quien desde muy joven empezó haciendo «viejos», y continúa haciéndolos, y los hará mientras trabaje, y es muy posible que, al cabo de los años, cuando sea viejo «de verdad», los haga admirablemente, aunque no sea un buen actor, ya que entonces no tendrá que fingir. Lo malo sería que, acostumbrados a la flección, no nos convenza la realidad y que, por lo tanto, a la vejez no sirva para representar los papeles que hoy hace tan bien.

Es inútil tratar de oponerse al orden establecido en Hollywood.

Jean Harlow será la eterna vampiresa; Joan Crawford seguirá ofreciendo el exotismo convencional de un tipo y un alma completamente irreales; Maurice Chevalier continuará conquistando adolescentes con el encanto de una sonrisa fingida que a nadie engaña; Adolphe Menjou seguirá ocultando las canas con cosméticos y disimulando la edad con la corrección impecable de su genuina elegancia en el vestir; ¡pero nunca cambiarán! Gracias a la inflexible clasificación, ¡siempre serán la Harlow, la Crawford, Chevalier y Menjou! ¡Siempre los mismos! ¡Siempre iguales!

La mayor amenaza que amaga a los artistas que empiezan su carrera en el cine es la clasificación, que tantas víctimas ha hecho.

E. DE ZÁRRAGA

Hollywood, abril, 1934.



Peluquería para Señoras

ONDULACIÓN PERMANENTE

Realizada con los mejores aparatos modernos conocidos hasta la fecha.

Establecimientos Dalman Oliveres, S. A.

Ronda San Antonio, n.º 1

(Entrada por la Perfumería) : Teléfono 13764

2 nuevos éxitos de R. K. O.

Diplomanía

divertidísima comedia por
WHEELER-WOOLSEY



Damas de la prensa

exquisita comedia por la
admirable pareja

FRANCES DEE y
WILLIAM CARGAN

Estrenadas el lunes pasado en

SALÓN CATALUÑA



¡Lamentable Sorpresa!

No Vacile Vd. Que Aún Es Temprano

Cuando la primera arruga aparezca en su rostro, no se desanime usted, si está dispuesta a devolver a su cutis la tersura y juventud que a todas edades le corresponde. Ahora, gracias a esta maravilla descubierta por el célebre dermatólogo norteamericano Doctor W. Kleitzmann, que usan todas las Estrellas de la Pantalla y del Music-Hall, una mujer no ve en toda su vida la más pequeña arruga en el rostro. Usando, al acostarse, la universalmente famosa CREMA DE NOCHE «RISLER» que limpia y alimenta sobremedida los tejidos de la epidermis, la piel se conserva siempre tersa, lozana, exenta de granos, grietas, espinillas, poros dilatados y arrugas que estropean el ros-

tro y lo envejecen. Con CREMA DE NOCHE «RISLER» que puede usarse ya desde la niñez, el cutis se mantiene siempre floreciente y además, bello, por la suavidad y finura que le comunica el cuidarlo a diario con esta célebre CREMA DE NOCHE «RISLER».

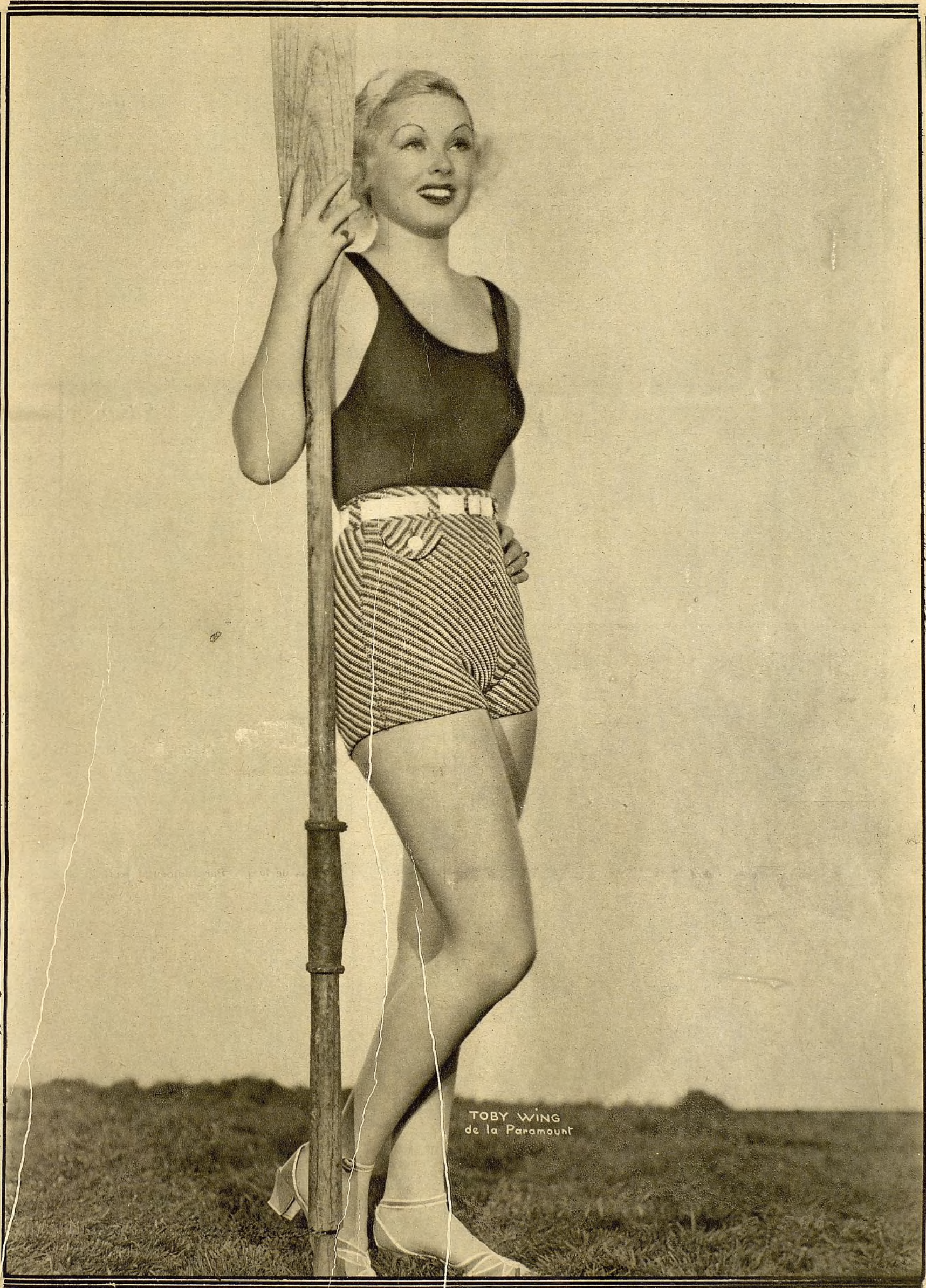
Para aumentar en 1000 por 1 los excelentes efectos de la CREMA DE NOCHE «RISLER», le recomendamos además el empleo de los demás Productos de Gran Belleza «RISLER»: Crema de Día, Polvos de Arroz, Colorete en Crema y EMULSIÓN DE GRAN BELLEZA «RISLER», este último inigualable para las Señoras de cutis seco, áspero, excesivamente delicado o fácilmente irritable.

Ensaye GRATUITAMENTE el tratamiento completo de Gran Belleza «RISLER». No gaste dinero en balde.

Pida muestras gratis y una receta que le hará para usted sola, el doctor Kleitzmann, actualmente en España. Indique edad, color y calidad del cutis, color del cabello, etc. Dirigirse al concesionario para España, señor J. P. Casanovas, Sección 29, Ancha, 24, Barcelona. (Mande 50 céntimos en sellos para gastos de franqueo.)

THE RISLER MANUFACTURING Co. - New York, Paris, London

“RISLER” Publicity n. 855



TOBY WING
de la Paramount

NO TODOS LOS "VIVOS" ESTÁN EN NORTEAMÉRICA

¿HA visto usted «Rasputín y la Zarina»? Una excelente película, especialmente para los que no hemos estado en Rusia nunca, ni antes ni después del comunismo. No podría decir que Rusia de la corte del zar que nos preparó la Metro era una Rusia de película. Yo no conocí a Rasputín jamás y a mí me parecía, viendo renquear al famoso monje en la pantalla, que todo aquello pudiera ser la Rusia zarista. Por eso digo que era una película excelente. La interpretaban un buen puñado

por AURELIO PEGO

tín le haríamos reportajes en series, le haríamos hablar por el micrófono, alguna casa editorial le obligaría a escribir sus memorias y a revelar el misterio de su poderosa fuerza hipnótica, lo llevaríamos a Hollywood, un fabricante de puros sacaría un nuevo habano de la Florida con el nombre de Rasputín, las

hubiéramos hecho después de haber agotado todas sus posibilidades comerciales y espectaculares, y la ejecución se convertiría en acontecimiento nacional. Moriría en la silla eléctrica, pero clavadas en él las miradas de todo un país. El monje no quiso emigrar y se privó de toda la fama que le correspondía. Nosotros, los que vivimos en Norteamérica, faltos de un personaje de tan singulares atractivos, hemos tenido que convertir en héroes a los «racketeers», los contrabandistas modernos, cobardes y solapados.

Diana Wynyard
y John Barry-
more en



...y la princesa
Yousoupoff

una esce-
na de «Ras-
putín y la zarina».

podía vivir
tranquilamente...

de artistas, y aunque el que hacía las veces de zar se nos presentaba como un hombre bueno como el pan y de una timidez de colegiala, ¿quién podría desmentirnos ahora que el último zar no era una especie de merengue?

En Nueva York la película gustó porque el tal Rasputín es un personaje que ya hubiéramos querido tenerlo en este lado de América. ¡Ah, si Estados Unidos hubiera tenido un Rasputín! ¡Qué de cosas haríamos por popularizarle!

¡Pobre Al Capone si surge en Norteamérica un Rasputín! Al famoso «racketeer» no le conocerían sino sus amigos. A un Raspu-

mujeres le escribirían cartas, las universidades lo buscarían para dar conferencias, haríamos de él un gran número de «varietés» y los más ingeniosos agentes de publicidad lo convertirían en el ídolo de la nación entera. Hasta los hombres, por seguirle, comenzarían a dejarse la barba.

Buena nos la jugó el monje con haber nacido en Rusia. Como si Rusia fuera un país de porvenir para un hombre de sus estupendas cualidades. Así terminó de tan desastrosa manera. Aquí, en Norteamérica, acaso hubiéramos terminado por electrocutarlo, pero lo

Aparte de que en «Rasputín y la zarina» se habían confiado las primeras partes a la familia Barrymore, reunida por primera vez en su vida en una pantalla, y a esa artista inglesa tan sobria que se llama Diana Wynyard, el éxito de la película queda confirmado con ese vago deseo que los neoyorkinos han albergado siempre de tener un Rasputín propio. La película era lo más cercano a la realización de sus deseos.

¿Pero quién podía figurarse que en Inglaterra, país de humoristas serios, iban a tomar por la tremenda al Rasputín de Lionel Barrymore? Y que en torno a la película y los escauceos amorosos del viejo monje con

Diana Wynyard se iba a revelar el verdadero asesino de Rasputín (si es verdadero) y el medio de sacar de la caja de caudales de la Metro, productora de la película, ciento veinticinco mil dólares.

La demanda judicial londinense contra la compañía productora de «Rasputín y la zarina», porque se alegaba que había falseado el personaje interpretado por Diana Wynyard, y la auténtica princesa Youssoupoff afirmaba que ni de buen grado ni a la fuerza había estado jamás en los brazos de Rasputín, el auténtico, produjo general asombro en Nueva York.

No, porque la demanda revelase una perfecta idiotez, ya que a nadie se le podía ocurrir dar como verídicamente históricos todos los episodios de la película californiana, y la princesa Youssoupoff podía vivir tranquilamente sin que nadie le afeara su conducta. Causó asombro, porque esas demandas que revelan el máximo de la tontería sólo, exclusivamente, ocurrían en Estados Unidos.

Es en Estados Unidos donde numerosos «vivos» se dedican a la caza de películas, comedias y libros, dispuestos a presentar una demanda en cuanto husmean la menor alusión falseada a un personaje todavía existente o la más ligera huella de un posible plagio. Aquí hay cuervos, disfrazados con un sombrero de fieltro, pero que también se sostienen en dos pies y no se les ve la pluma,

dedicados a vivir de los cadáveres que pueden ir recogiendo. Los cadáveres son producciones literarias o cinematográficas.

A todo se habitúa uno. En el África central viven entre leones, ¿qué de extraño que en Nueva York podamos vivir entre cuervos? El poder de adaptación del hombre es extraordinario. Pero que una cosa semejante suceda en Londres, en Londres donde los magistrados para hacerse más respetables usan unas largas pelucas blancas y en donde la justicia es tan severa, tan recta, tan omnipotente, que no son precisos códigos y se sentencia siguiendo la tradición judicial.

¿Qué cambiado está Londres! se dice por aquí la gente. Ya no se sigue la tradición judicial, sino que se pretenden hacer innovaciones al adjudicar a esa princesa rusa ciento veinticinco mil dólares por nada. Estos verdictos, concediendo miles de dólares, sin fundamento, impulsivos, como rabieta de niños, son peculiares de Estados Unidos. Aquí se cultivan porque han contribuido mucho a fomentar el renombre de nación juvenil de que tan orgullosos se sienten los norteamericanos. Por los demás países del globo cuando se lee un veredicto semejante, el comentario, por lo regular, se traduce en: «Esos americanos con sus extravagancias. ¡Pueblo infantil!» Así ha conseguido Estados Unidos que después de cien años de existencia todavía sigan llamándole «pueblo infantil», con gene-

ral beneplácito, porque la juventud en los pueblos, como en los individuos, es eternamente codiciada.

¡Pero en Londres! ¿Cómo se podrá llamar infantil al pueblo inglés ante juicios como el de la princesa Irina en su demanda contra la Metro-Goldwyn-Mayer por la película «Rasputín y la zarina»? Chochez, chochez de viejo, infantilismo de un pueblo senil.

Y si no es cosa del pueblo y se trata de un «vivo», más o menos ruso, que iba buscando un medio de adquirir una fortuna por legado arbitrario de un primer magistrado de peluca blanca, ¡pobre Inglaterra! lo que le espera.

De esos «vivos» al «racketeismo» no hay un paso. ¡Si resultará ahora que Inglaterra está celosa del Al Capone americano y prepara el terreno para producir uno propio! En el siglo pasado Inglaterra fué famosa por sus criminales y sus detectives. Hoy le supera con creces Norteamérica. ¿No se tratará de reivindicar el honor nacional y buscar el medio de hacer surgir un «Jack, el destripador» moderno y un Sherlock Holmes de nuestros días?

Puede que se trate también de una simple rivalidad cinematográfica. Norteamérica impone sus películas en el mundo. Inglaterra no impone las suyas ni en la Gran Bretaña siquiera. Con el juicio entablado por la princesa Youssoupoff se daba ocasión a propinar un trancazo a una compañía cinematográfica americana. Y se lo cargó la Metro.

Nueva York, abril.



Lionel Barrymore, Diana Wynyard y Ethel Barrymore.

...el medio de sacar de la caja de caudales de la Metro 125 mil dólares.

CUANDO ESTABA EN BROADWAY

por RUBY KEELER

EN Halifax (N. E.), donde nací, parece que todo el mundo piensa siempre lo que dice. Y aunque yo abandoné mi ciudad natal a los cinco años para ir a vivir a Nueva York con mis padres, le debo sin duda esta particularidad, pues gozo fama de decir igualmente siempre lo que pienso.

A los seis años—yo tenía cuatro hermanas y un hermano—, la danza me parecía la cosa más bella que había en el mundo. Debí hacer compartir esta opi-

que por entonces se me acercó, tuvo que enfrentarse con ella. Cuando mi madre no iba a recogerme a la salida de un espectáculo, ella me hacía acompañar a casa. Esto duró tres años.

Se dice que tengo a veces en la pantalla una expresión triste. A pesar del éxi-

Es una vieja historia para mí, pero no sabría olvidarla del todo porque está ligada en cierta manera a lo que me es hoy más querido en el mundo: mi marido, Al Jolson.

El joven a quien yo amaba entonces no era él, desde luego, y precisé de tres años para olvidarle. Tres años, un viaje a California y el reencuentro que allí hice de Al.

Esto fué una historia terrible. Mi madre, cuando le dije que ya no amaba a mi

Ruby Keeler, que hace aquí unas interesantes declaraciones



artistas, en la producción de gran espectáculo de la Warner Bros-First National, "Desfile de candelitas".

respecto a su vida, aparece junto a otros notabilísimos

ner Bros-First National, "Desfile de candelitas".

nión a mis padres, toda vez que me enviaron a una escuela especializada primero, y luego a un profesor de baile de la Metropolitan Opera. A los trece años, mi madre decidió inscribirme en la Escuela Profesional de Danza.

A los catorce años debutaba en casa de Texas Guinan, en el «Three Hundred Club».

Quería mucho a Texas Guinan y ella correspondía a este cariño. Me consideraba como a su hija, y el primer hombre

to que he obtenido siendo todavía muy joven, mi vida no ha sido ni alegre ni fácil. Mi padre se encontraba enfermo y yo, la mayor de los hijos, era prácticamente el único sostén de la familia. Son cosas éstas que marcan a un individuo.

A los diez y ocho años me sobrevino una oportunidad y una desgracia al mismo tiempo; tenía una creación muy importante a realizar y estaba enamorada.

primer «flirt», sino a Al Jolson, no pudo comprenderlo. Y él, el pobre, no tardó en darse cuenta de mi cambio y en pedirme explicaciones. Pero cuando supo la verdad, se portó muy correctamente y se eclipsó. Algunas semanas más tarde, era yo la señora Jolson, la mujer más feliz del «Olympic», el buque que nos llevaba a Europa a pasar nuestra luna de miel.

De regreso en América, estuve a punto de renunciar definitivamente a la danza, a la escena, al music-hall. Eddie Can-

tor, que me había contratado para el principal papel en una revista, había encontrado espiritual intercalarse en su espectáculo una habladuría a propósito de mi matrimonio con Al. Y a mí pueden decirme lo que quieran, pero no admitiré jamás que se toque a mi marido. Mandé a Eddie Cantor a paseo con su revista. Corría el peligro de perder mis posibilidades de trabajar con Ziegfeld, toda mi carrera. Yo soy un poco como James Cagney, mi compañero en «Desfile de candilejas», creo en la santidad del matrimonio.

Afortunadamente, Ziegfeld comprendió los móviles que me habían hecho obrar así y me mandó a llamar para su espectáculo siguiente. Volví a Broadway para interpretar «Show Girl».

Pero todo parecía confabularse para hacerme abandonar las tablas. Una grave



operación me obligó a interrumpir mis representaciones. Cuando quise reintegrarme a mi trabajo, Al quiso de todas

maneras llevarme a California con él. Según todas las apariencias, allí había terminado mi carrera de bailarina.

Llegué a Hollywood. No tenía ninguna ambición de hacer cine. Esto bastó para que de todas partes me llovieran proposiciones. Ahora estoy en el engranaje... «La calle 42», «Vampiresas 1933», «Desfile de candilejas».

No importa. Estoy segura de una cosa, y es que mi carrera de artista no influirá para nada en mi vida de mujer. Quiero amar a mi marido, hacerle feliz, tener hijos. Fuera de esto, todo es vano, fútil, pasajero...

No crean ustedes que las luces de Broadway ciegan a todas las mujeres.

¿Cuál es la mujer más bella de Hollywood?

por FERNANDO RONDÓN

(Esta crónica es exclusiva para "Popular Film")

NADIE puede discutir la belleza de la mujer de Hollywood. Hasta los escépticos de los méritos de las películas californianas reconocen que éstas triunfan en el mercado mundial, porque presentan siempre mujeres bellas y atractivas. Para calificar la belleza de la artista de Hollywood parece haberse inventado la expresión inglesa «sex-appeal», que ha encontrado fortuna en el mundo y que se repite en alemán, francés, castellano, ruso, etc.

La estrella de Hollywood es fundamentalmente una belleza plena de «sex-appeal», esto es, una belleza dotada de poderoso magnetismo sexual. Ya en 1929, cuando todo Hollywood se agitaba en admiración por las películas parlantes, Charlie Chaplin se declaraba por el cine mudo, no sólo en defensa de su posición personal, sino afirmando que en el cine la belleza de la mujer y su «sex-appeal» era lo

medular, lo principal, lo único que atraía a la gente.

Admitiendo, pues, que la artista de cine ha de ser estimada fundamentalmente por su belleza, surge esta cuestión, ¿cuál es la mujer más bella de Hollywood? De todas

las sirenas que cuentan con millones de admiradores, ¿cuál es la más perfecta?

Mc Clelland Barclay, el famoso pintor neoyorquino, que se ha distinguido tanto como presidente de jurados destinados a calificar la belleza de «Miss Nueva York» o de «Miss Virginia» y que se ha distinguido más pintando cubiertas para los magazines de lujo de Chicago y Nueva York, escoge a Claudette Colbert como a la muchacha más atractiva de Hollywood.

«Ninguna mujer es absolutamente perfecta—dice el pintor—. Ninguna mujer tiene en realidad «sex-appeal». Casi todas tienen en cambio atractivos para determinados tipos de hombres. «Sex-appeal» es un término demasiado vago y demasiado general para que pueda dar la pauta de una clasificación de bellezas.»

Para explicar su teoría con ejemplos, Mc Clelland Barclay escogió un grupo de artistas, que, según él, son las más perfectas y las que tienen más atractivo para determinados grupos de hombres.

Claudette Colbert.—Su belleza fascina al hombre de mundo, rico, de poca imaginación y de gustos complicados.

Joan Crawford.—Su encanto ejerce influencia principalmente entre muchachos de colegio y los universitarios jóvenes.

Marion Davies.—La fragilidad de su tipo la hace parecer interesante a ojos de los atletas.

Marlene Dietrich.—Es la mujer ideal para los banqueros y los hombres de negocios en pleno auge.

Kay Francis.—Sus admiradores son principalmente los hombres de sociedad, de maneras refinadas y de cierta edad y experiencia.

Myrna Loy.—Ejerce fascinación sobre los aventureros, los revolucionarios, los espíritus arriesgados, etc.

Ann Harding.—Es el sueño dorado del hombre hogareño.

Miriam Hopkins.—Sus atractivos sugestionan principalmente a los tipos de instintos primitivos con algo de antropófagos y algo de cavernícolas.

De estas nueve mujeres, perfectas para diferentes variedades de hombres, Mc Clelland Barclay eligió a Claudette Colbert como la de más amplios atractivos.

«Miss Colbert—dijo—, tiene un cuerpo perfecto. Con él puede conquistar igualmente al atleta, al

Kay
Francis



hombre de sociedad o al cavernícola. Tiene belleza y vivacidad para ser el sueño dorado de los estudiantes. Y posee, finalmente, suficiente conocimiento del mundo para interesar a los hombres de negocios y a los profesionales. Es indudable la belleza más completa de Hollywood.»

Mc Clelland Barclay ha tenido ocasión de juzgar a las estrellas a través de sus presentaciones en la pantalla y en carne y hueso. Cree que entre ambas versiones de ellas no hay mucha diferencia y atribuye el fenómeno al hecho de usar las estrellas tanto para posar ante la cámara como para sociedad, cosméticos combinados, siguiendo las mismas reglas cromáticas. Claro que para el trabajo se maquillan con pastas pesadas oscuras elaboradas a base de «Max Factor's Grease Painting» y para sociedad usan maquillajes en colores vivos y al mismo tiempo

ligeros. Pero ambas clases de productos son elaborados en los laboratorios de Max Factor de acuerdo con los mismos principios de armonía de colores.

«La mayor parte de las estrellas—dice Mc Clelland Barclay—son en realidad muchachas encantadoras, que han logrado tipicar su belleza de manera que atraiga a determinadas clases de hombres. Todas ellas han triunfado cuando la oportunidad les brindó caracteres semejantes a aquellos a que esta clasificación se refiere.

«El mayor éxito de Joan Crawford ha sido «Hijas que bailan», película parlante filmada por la estrella hace cuatro años y medio, y en el que su carácter estaba enfocado para atraer la atención de los colegiales especialmente. Del

mismo modo el mayor éxito de Myrna Loy han sido sus interpretaciones vampírescas, el de Miriam Hopkins el personaje central de «La historia de Temple Drake», en que su belleza despertó las pasiones de Jack La Rue, el tipo cavernícola, etc. Hollywood, 1934.

Katharine Hepburn recibe el máximo tributo que puede ofrecer el cine

CON el esplendor acostumbrado, la sexta convención de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas se reunió en el gran salón del Hotel Ambassador ante ochocientos personajes de todas las ramas del cine, con el objeto de escoger y premiar con estatuillas de oro a los mejores artistas, directores y películas del año de 1933.

Una ensordecedora salva de aplausos acogió el nombre de Katharine Hepburn al anunciarse que a dicha estrella le correspondía el primer premio — la estatuilla de oro — por la mejor interpretación femenina de 1933, correspondiente a su película «Gloria de un día», dirigida por Lowell Sherman.

Dícese que el asunto de dicha película, «Gloria de un día», corresponde, más o menos, con la vida real de Katharine Hepburn; con sus sufrimientos y alegrías; con las peripecias y contratiempos que tuvo que vencer en el tablado, y que dicha interpretación,



Myrna Loy



Marion Davies

por su electrificante sinceridad, fué inspirada tanto por el aliciente que impulsa al verdadero artista de dar todo su ser en la creación de una obra maestra, como por la coincidencia de que en ella «vivía» miss Hepburn en la pantalla fragmentos, y hasta páginas enteras, del libro de su vida.

No pudo miss Hepburn tener la doble satisfacción de recibir en persona la estatuilla de oro, primero porque no sabiendo de antemano que en ella recaería el tan ansiado honor, ya había tomado pasaje para partir al día siguiente hacia la Riviera a bordo del vapor «Paris», y en segundo término, por encontrarse en Nueva York. Su viaje por la Francia e Italia meridionales durará unas seis semanas, y a su regreso hará el papel de Juana de Arco en la película del mismo nombre que se está preparando en los estudios Rko-Radio.

El primer premio por la mejor adaptación cinematográfica de 1933 recayó en Sarah Mason y Víctor Heerman, quienes hicieron la de la película «Las cuatro hermanitas», obra que diremos de paso también fué interpretada por la misma Katharine Hepburn.

Con el honor máximo que acaba de concedérsele a Katharine Hepburn, se han cumplido las profecías que sobre su triunfo final habían hecho algunos de los cronistas de cine de mayor reputación.



Los films de
la tempo-
rada

La Paramount presenta en el Coliseum

"Todo lo condena"

una excelente producción del
novel animador Earle C.
Kenton, que comprende
un notable reparto en
el que figuran Víctor
Mc. Laglen, Edmund
Lowe, Adrienne
Ames y Richard
Arlen.



Es un film
policiaco de trama
bien urdida y de
una emotividad
rayana en la
obsesión.



SYLVIA SIDNEY es una de las más interesantes actrices de la Paramount y, al mismo tiempo, una de las personalidades artísticas que en más estima tiene el estudio.

Cuando fui a verla al «set», se estaba tomando una escena en la que trabajaban ella y Fredric March. El director, Marion Gering, sentado cerca de la cámara, vigilaba atento, sin que escapase a su observación un sólo detalle de cuanto ocurría a su alrededor.

Sylvia no sabía bien las palabras que debía decir, y hubo de repetirse la escena varias veces. Cuando una vez la escena salió a gusto del director, éste gritó: «¡Muy bien! ¡Corten! (All right, cut!)», y después: «¡Fuera luces!» (Kill the lights!), y durante unos momentos cesó la actividad.

Se diría que todos tenían ansia de fumar, a duras penas contenida durante la filmación de la anterior escena. Creo que no había allí más de una persona que no tuviese en los labios un cigarro encendido: la propia Sylvia.

Gering se me acercó, con la amabilidad que le caracteriza, para preguntarme:

—¿Va a durar mucho la entrevista?

—Menos de media hora probablemente.

—Entonces, si quiere, puede hablarle ahora, mientras descansa... Se lo he preguntado porque quiero que hagamos varias escenas todavía.

Y, a modo de disculpa, añadió:

—Como el contrato de Fredric termina este mes, queremos hacer antes todas sus escenas.

Después el mismo Gering me presentó a Sylvia. Sylvia es una muchacha deliciosa; pero de todas sus condiciones, la que más admiro es la naturalidad. Es una de las pocas actrices que fuera de su trabajo no tienen ni la menor afectación. Al poco rato de haber sido presentados hablamos con la mayor familiaridad y con entera franqueza.

—¿Cómo terminó su

SYLVIA SIDNEY

por EUGENIO DE ZÁRRAGA

disgusto con la Paramount, Sylvia?

—Yo no he estado enfadada con la Paramount. Aunque muchos hayan creído lo contrario, me encontraba enferma y no pude seguir trabajando en la película de Chevalier.

—¿Enferma... de verdad?

—¡Y tan de verdad!

de Nueva York, y hasta hace sólo dos años ha trabajado en el teatro. Una de las temporadas teatrales que con mayor cariño recuerda es la que tuvo lugar en Denver (Colorado), en la que por espacio de catorce semanas trabajó con Fredric March.

—¿Recuerda usted con

la, queriendo inútilmente descifrar el misterio de su cara, que no presenta ni una sola de las características de la raza sajona... ¿No os habéis fijado en el rostro de Sylvia? ¿No se os antoja que parece tener algo de japonesa aristocrática?

Parece que se dió cuenta de mis pensamientos,



Sylvia Sidney, posando especialmente para esta entrevista, con nuestro colaborador en Hollywood, Eugenio de Zárraga.

¿Como que tuve que ir al hospital, donde fui operada por primera vez! Después me volvieron a operar en Nueva York.

—De todos modos, yo creo que no sintió usted mucho no trabajar con Chevalier, ¿es verdad?

—Verdaderamente, no siento su género. No me gustan las zarzuelas. Ya ve usted, me he dedicado al drama y la comedia toda mi vida, y no me había de ser fácil cambiar ahora.

Sylvia empezó a trabajar a los doce años; se educó en la estupenda escuela del Teatro Guild,

nostalgia sus triunfos teatrales?

—¿Conoce usted a alguien que haya saboreado los aplausos que se consiguen desde la escena y pueda después fácilmente olvidarse de ellos?... Esto no quiere decir que no me guste el cine, ni mucho menos; significa, sencillamente, que recuerdo el teatro... ¿por qué no decirlo?, algunas veces con pena.

—¿Le gustaría volver a él?

Más con los ojos que con los labios contestó afirmativamente.

Yo no cesaba de mirar-

porque con la mayor naturalidad, me dijo:

—Mi padre es rumano y mi madre rusa; pero yo he nacido en los Estados Unidos, ¡en Nueva York!

Sylvia es hija adoptiva del doctor Sydney, un distinguido profesional de Nueva York.

Muchas veces, viéndola en la pantalla, me había dicho a mí mismo que Sylvia es una gran actriz, pero que no podía competir en belleza con la mayoría de las que a diario vemos. Sin embargo, a los pocos minutos de estar hablando con ella, si

alguien me hubiese repetido mis propios pasados pensamientos acerca de ella, sin vacilar le hubiera contestado que se equivocaba. Es una muchacha pequeña y delgada, no debe de pesar más de cien libras; su cara es pequeñita y ovalada, con un marcado aspecto oriental; sus ojos están quizá demasiado separados; cuando sonríe, se diría que el dolor quiere salir de sus labios... A pesar de todo lo cual no sé qué tiene esta mujer de extraño y misterioso que la hace adorable. Su cuerpo puede parecer insignificante, pero está rodeado de gentil majestad. En su presencia siento uno la impresión de que está cerca de una mujer importante.

Recordando que una vez la había visto reír a carcajadas con otras actrices y, al llamarla el director para hacer una escena trágica, se puso de pronto extremadamente seria para acabar a los pocos segundos llorando acongojada, me pareció tan raro ese dominio de sí misma que le pregunté:

—¿Qué hace usted para dar a sus escenas ese efecto de realidad que las hace parecer tan naturales?

—No lo sé; simplemente... actúo. De momento siento que estoy viviendo mi papel, pero a los pocos minutos ya me he olvidado de que lo sentí. Algunas veces yo misma creo que actúo maquinalmente; y, sin embargo, hay ocasiones en que en las escenas dramáticas sufro lo indecible... Pero me figuro que algo por el estilo les pasará a todos los demás.

—¿Qué género prefiere usted?

—No tengo preferencia por uno determinado, aunque creo que hago mejor el drama y la comedia seria.

—¿Con qué actor le gusta más trabajar?

—Con Fredric—contestó sin la menor vacilación.

Después añadió:

—También me gusta mucho George Raft.

—¿Qué director le gusta más?

—¡Marion Gering! También es con el que más he trabajado. De los otros, me gustan mucho King Vidor y Rouben Mamoulian.

—¿Cuál de sus películas le gusta más?

—Al acabar de hacerlas, todas me parecen fatales; después, conforme pasa el tiempo, me empiezan a gustar, pero no tengo preferencia por ninguna de ellas... Lo que sí puedo asegurarle es que

hay una que no me gusta en absoluto: «The Miracle Man»... ¿No le parece que mi actuación en ella fué desastrosa?

—¿Qué piensa usted hacer, dentro de año y medio, al terminar su contrato actual con esta compañía?

—¡Quien sabe lo que puede ocurrir en tanto tiempo! ¡En año y medio hay tantos días y cambia

una de parecer cada día con tanta facilidad! ¿No le parece?

—¿Cuándo se casa usted, Sylvia?

—¡Cómo! ¿Casarme? Pero... ¡si ni siquiera tengo novio, ni pienso tenerlo!... Trabajo tanto, que no me quedaría tiempo para eso. En tres años no tuve más vacaciones que las que me tomé con motivo de mi enfermedad.

Sylvia lee mucho; todos los ratos que su tra-

bajo le deja libre, los dedica a la lectura. Conociendo su afición, le pregunté:

—¿Por qué le interesan tanto las biografías?

—Digo yo que será porque como yo soy tan insignificante, me encanta leer lo que hicieron los que llegaron a ser algo en la vida. Nada enseña tanto como seguir paso a paso la vida de los hombres y mujeres de verdadero mérito, ¿verdad?

Fredric March me miró más de una vez con impaciencia. Gering, sin dejar de sonreír, también me miraba, como recordándome que estaba entreteniéndome demasiado a Sylvia, que ya debía estar frente a la cámara.

Nos hicieron una fotografía, que ella de corazón os dedica, y nos despedimos.

Sus últimas palabras fueron:

—Diga usted a sus lectores que por medio de usted les envío un saludo muy cariñoso... ¡qué ojalá pueda repetir muy pronto personalmente!

Poco después la muchacha de aspecto aristocrático oriental miraba con angustiosa desesperación al techo de la sala de una audiencia (se estaba filmando «Good Dame»), mientras un juez implacable condenaba a su amigo a seis años de cár-

cel, y sus ojos color avellana, colocados a una distancia un poco exagerada de la nariz, lloraban con desconsuelo.

Hollywood, 1934.

Zasu Pitts se casó en secreto

CON su acostumbrada timidez y haciendo con las manos los ademanes de rigor, reveló Zasu Pitts que desde el mes de octubre próximo pasado había ella contraído matrimonio con Edward Woodall, en la población de Minden (Nevada).

Pero el asunto trae cola. El apellido de este señor Woodall, un ex jugador profesional de tenis, traducido al español significa «todo bosque», y por su analogía nos recuerda que en inglés hay muchos apellidos relacionados con arbustos, como por ejemplo: Helen Twelvetees, «doce árboles», casada con un señor Wooden, «de madera».

Dejando a un lado la foresta, participamos a nuestros lectores que los oscilantes ojos, niovibles labios y expresivas manos de la enormemente popular Zasu Pitts, aparecerán en nada menos que tres comedias de la Rko-Radio.

Cuando el lector vea esta comedia, muy difícil le será contener la risa ante los ridículos esfuerzos de un líder del hampa por popularizar la canción favorita de su madre (del líder). Zasu Pitts es el medio de que se vale el tal líder para introducir la canción, y la forma en que lo hace vale un potosí.

Secundando a la inimitable Zasu Pitts en este su primer role estelar, anotamos los nombres de artistas tan notables como Pert Kelton, Edward Everett Horton, Ned Sparks, Stanley Fields, William H. Griffith, Roy d'Arcy, etc.; Nat Pendleton, famoso luchador grecorromano, actúa en el papel del líder y a fe nuestra que lo hace a las mil maravillas.

¡Zasu Pitts casada, y de estrella!... ¡Adiós hipocondría!...



Popular Film
Woodall
Minden

“A la luz del candelabro”

El elenco internacional de «A la luz del candelabro» vale tanto como su argumento, de una sutileza magistral. Basada esta genial obra de la Universal en la célebre novela de refinado y elegante gusto vienés de Siegfried Geyer, llega a la pantalla en todo el apogeo de su fama después de repetidas alabanzas y aplausos merecidos, como comedia «record», en el Prince of Wales Theatre, de Londres, y en el Broadway neoyorquino.

Sus principales caracterizaciones van a cargo del afamado actor Paul Lukas, de origen húngaro (Budapest), hoy día una de las más sobresalientes figuras de Hollywood; de la brillante actriz Elissa Landi, que es de Venecia; de Nils Asther, el nuevo galán de fama, de Malmo, en Suecia; de Lawren-

Unas escenas de la producción Universal, «A la luz del candelabro», de la que son intérpretes principales, Elissa Landi, Paul Lukas y Nils Asther.



ce Grant, de Cambridgeshire, en Inglaterra; de la bellísima Esther Ralston, de Bar Harbor, Maine; de Dorothy Revier, de San Francisco, de California, etc. dirigidos por el propio James Whale, de Dudley, Staffs, en Inglaterra.

La trama, magistralmente llevada a la cinta de plata, va llena de encantos, siendo de sabor típico europeo y representando la aventura amorosa del criado y la doncella de un príncipe y de una condesa en Montecarlo, a donde se dirigen por separado desde Viena, la divina ciudad del Danubio azul. Ambos servidores suplantán las personalidades de sus respectivos señores, lanzándose a una serie de aventuras sabrosísimas. «A la luz del candelabro» es una superproducción en el verdadero sentido de la palabra, capaz de constituir de por sí el único y mayor éxito de una temporada de cinema.

El reparto que la Universal ha dado a esta producción y el argumento, de indudable amenidad no exenta de interés, convierte «A la luz del candelabro» en uno de esos films que sin plantear ningún problema moral ni psicológico, sin emociones densas, tienen un indiscutible valor de humanidad por como juegan en él las pequeñas pasiones y por la forma lógica de desarrollarse su acción, siempre viva y grata.

«A la luz del candelabro» lo presenta la Universal en la elegante sala del Tívoli.

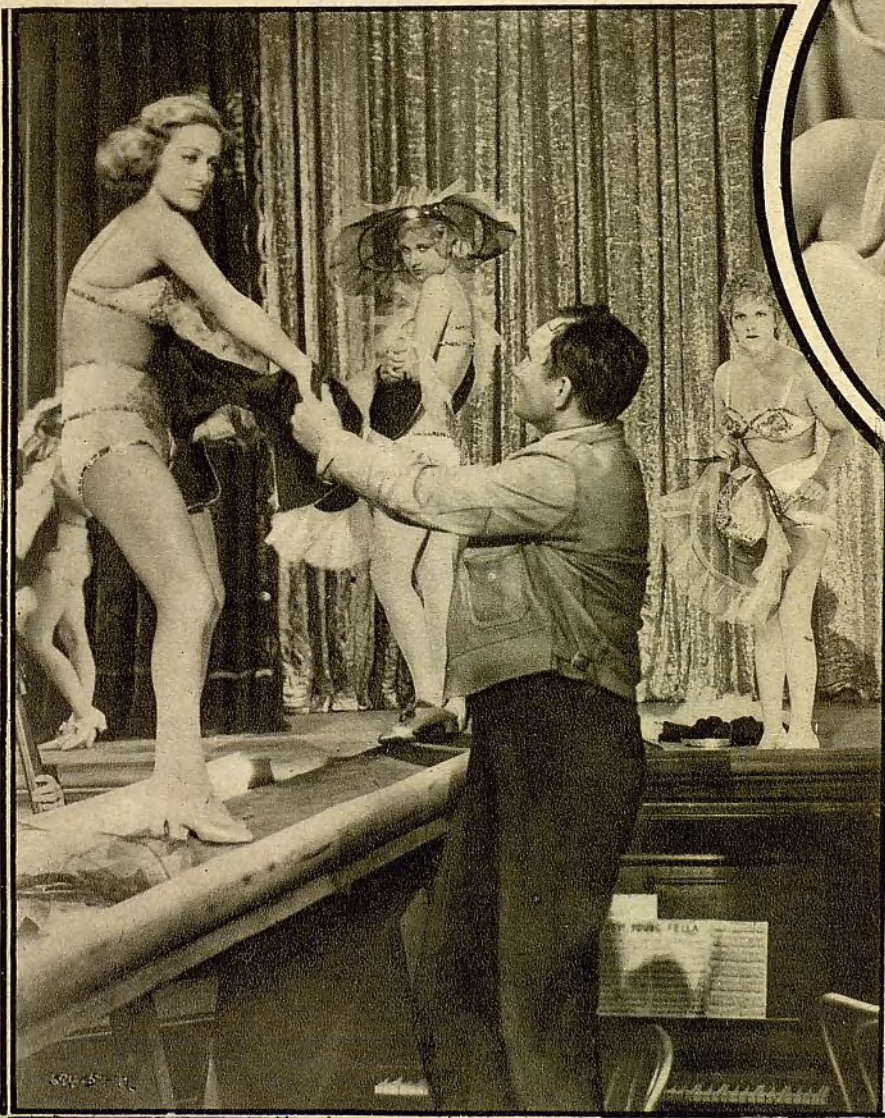
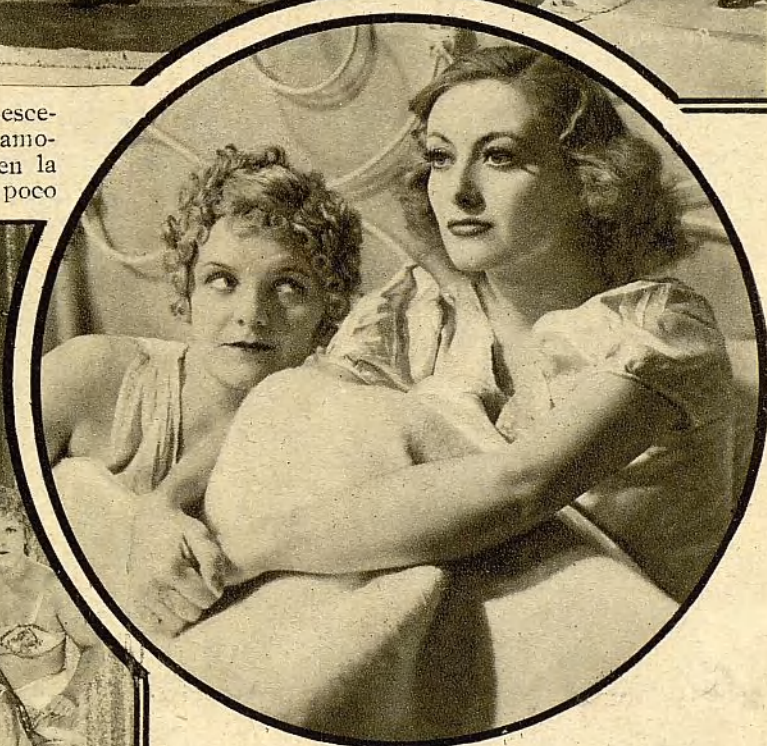


Todas las costumbres de los espectáculos de Broadway se desarrollan en

“Alma de bailarina”

LA nueva y espectacular película, que muy en breve presentará la Metro-Goldwyn-Mayer, y en la cual desempeñan los principales papeles Joan Crawford y Clark Gable, es una maravillosa comedia musical, en la que se nos muestra la vida íntima de las «girls» con toda clase de detalles.

Al principio podemos ver la enorme confusión y trastorno que reina en el interior de un teatro cuando se está preparando un gran espectáculo. Las «girls» visten trajes de todas clases, el escenario está desnudo, los directores y actores discuten, los tramoyistas, electricistas, etc., se pelean y gritan, y lo mismo que en la historia, la preparación del espectáculo va creciendo y poco a poco



se puede ver cómo el escenario cambia completamente y los actores y coristas están vestidos con vistosos trajes, como si estuvieran en un gran teatro de Broadway.

Según Robert Z. Leonard, que ha dirigido este film musical, tomado de la sensacional historia de la vida del teatro, escrita por James Warner Bellah, es esta la primera vez que ha sido trasladada a la pantalla con todos sus detalles, una obra de esta naturaleza. Sammy Lee y Eddie Prinz, hacen un maravilloso número de conjunto con cien bellísimas «girls» que han sido escogidas entre varios miles de aspirantes.

La música es la más agradable que hasta el día se ha llevado a la pantalla, música clásica y popular. La anécdota tiene un amable humorismo y abunda en episodios intrigantes y curiosos, y Joan Crawford interpreta su papel con insospechada maestría e inimitable gracia.

Juntamente con Joan Crawford y Clark Gable, aparecen en «Alma de bailarina», Franchot Tone, May Robson, Winnie Lightner, Fred Astaire, Robert Benchley y Ted Healy.

UN FILM SOBRE ROTHSCHILD

Los productores de Hollywood — siempre alerta en pulsar los cambiables matices de la opinión mundial — decidieron entrar de lleno en el surco de triunfos cinematográficos trazado por sus compañeros ingleses, capitalizando la actual afición popular por los cineclámas históricos.

Este súbito renacimiento de interés en caracteres históricos, cuyas vividas personalidades han dejado perenne impresión en los fastos de la historia mundial, tiene su origen en el éxito universal que alcanzaron dos recientes cintas de producción inglesa, «Los amores de Enrique VIII», protagonizada por Charles Laughton, y «Catalina la Grande», con Douglas Fairbanks (hijo) y Elizabeth Bergner desempeñando los papeles estelares; ambas películas, por cierto, distribuidas por la United Artists.

Aun aquellos que saben sólo de oídas cómo Hollywood hace las cosas, podrían haber vaticinado lo que iba a suceder. Resueltos a concentrar sus esfuerzos en películas de carácter histórico, solamente una producción de gigantescos alcances — una cinta de genuino temple épico — podía merecer el beneplácito de Hollywood.

Y es lógico.

En primer lugar, Hollywood está acostumbrado a hacer películas a lo grande.

Segundo, los productores norteamericanos no dejan de tener su orgullo, y mal podían ignorar el amistoso cartel de desafío que han alzado los productores británicos. Después de todo, ese género de películas no representa novedad alguna para Hollywood. En el pasado, muchos de sus más descolantes triunfos nacieron al calor de epopeyas históricas. Hecho que muchos parecen haber hoy olvidado. Películas como «El nacimiento de una nación», «Ben Hur» y «Disraeli» patentizan nuestro aserto.

Y así fué como se descorrió el telón ante una nueva obra maestra de la pantalla. El problema se redujo entonces a una simple contienda entre las diversas casas editoras para ganar el primer puesto en el empeño de probar al mundo que Hollywood sigue reinando supremo en el séptimo arte.

A la compañía productora más joven de la industria — Películas Twentieth Century, fundada hace apenas un año por Joseph M. Schenck y Darryl F. Za-



nuck—le cupo capturar tan señalado honor, batiendo en honesta lid a sus rivales con la producción que todos los cineastas de los Estados Unidos actualmente aclaman como «la joya cinematográfica más portentosa que ha creado Hollywood».

«The House of Rothschild» es la película en cuestión, y en ella alcanza su máxima gloria el distinguido actor George Arliss. Su filmación costó una fortuna, pero bien lo vale. Desde el punto de vista de atracción e interés dramático tiene un valor incomparable. Es un triunfo sin igual. Más aún, denota un nuevo y glorioso derrotero en el arte del cine sonoro. Indudablemente, si nos guiamos por la entusiasta acogida que le ha acordado todo el país y la unánime aclamación que ha merecido de todos los críticos, «The House of Rothschild» irá a la cabecera de cuantas listas de las diez mejores películas de 1934 compilen los cineastas.

Mas es como un documento histórico, que da nueva vida a una de las más significativas épocas de la historia europea—de 1790 a la derrota de Napoleón en Waterloo—, que la cinta ha levantado un interés hasta ahora jamás igualado. Desarrollando su tema alrededor de la casa de los Rothschilds y siguiendo la estela del sensacional levantamiento de esa famosa familia de banqueros de la oscuridad de la judería de Frankfurt, en Alemania, a fama y poder internacional, la película contiene muchos episodios que presentan un marcado paralelo moderno. Es precisamente por eso que se espera que «The House of Rothschild» originará discutidos y provechosos comentarios en todos los diarios del orbe y que será una de las más sonadas películas de 1934.

Debido al largo período de tiempo que «The House of Rothschild» abarca, la película posee



uno de los más enormes e imponentes elencos que jamás han figurado en una sola cinta. Probablemente ha habido otras películas que hagan gala de mayor número de comparsas —grandes muchedumbres para escenas de ambiente—, pero no recordamos ninguna en la que actúen 75 primeros actores y actrices, cada uno de los cuales desempeña un importantísimo papel.

George Arliss tiene a su cargo un papel dual. Primero se le ve de Mayer Rothschild, el fundador de la dinastía; más adelante encarna a Nathan Rothschild, el más ilustre de los cinco hermanos y el miembro inglés de la familia, que llegó a ser el banquero más poderoso de la Gran Bretaña, y a quien su patria adoptiva debe el haber vencido a Napoleón.

Entre el notable grupo de artistas que secundan su labor hay actores también de reconocido mérito—Boris Karloff tiene el papel del barón Ledrantz; Loretta Young; Robert Young; C. Aubrey Smith encarna al duque de Wellington; Alan Mowbray desempeña la parte del príncipe Metternich; George Renavent, la del malévolo Talleyrand; Helen Westley; Gilbert Emery hace de presidente de Ministros; Arthur Byron, de Barin, el banquero; Ivan Simpson; Holmes Herbert; Reginald Owen; Lumsden Hare; Charles Evans y Florence Arliss—. La señora de Arliss tiene el papel de la esposa de Nathan Rothschild, de acuerdo con la antigua costumbre de Arliss de dar a su compañera el papel de esposa en cuantas películas figura él como un marido feliz.

Casi todo el mundo concuerda en que el más famoso episodio en toda la deslumbrante historia de los Rothschild es la parte que tomó dicha familia en los memorables eventos de los últimos cien días de reinar Napoleón en Europa, período que culminó con su derrota en la batalla de Waterloo. Más de un historiador ha dado en llamar a la época de 1801 a 1868 «la era de los Rothschild en la historia europea». Y es alrededor de ese período que se desarrolla la mayor parte de la cinta.

Los Rothschilds fueron siempre leales a sus patrias adoptivas. Cuando se establecieron en Europa—Londres, París, Nápoles, Viena y Frankfurt—, Nathan, el más astuto de los cinco hermanos, sentó los cimientos de la rama inglesa, dedicándose en cuerpo y alma a la causa de su nueva patria. Su poder y riqueza le permitieron prestar valiosa ayuda a Inglaterra.

Cuando Napoleón recurrió a los Rothschilds por un empréstito, prometiendo pagar el doble de la tasa de interés que ofreciesen los aliados, Nathan le negó su apoyo y puso todos los recursos financieros de la familia a la disposición de las potencias aliadas contra el Emperador. Como explicación de su conducta expuso que Napoleón pensa-

ba sólo en fomentar la guerra, declarando que los Rothschilds estaban siempre dispuestos a prestar dinero para acabar con la conflagración, pero nunca para alentarla.

Poco antes de la batalla de Waterloo, las victorias de Napoleón causaron un pánico en la Bolsa de Londres. Sólo Nathan Rothschild mostró fe inquebrantable en el porvenir de Inglaterra. Y cuando todo el mundo trataba de deshacerse de sus valores, él fué el único que sostuvo la Bolsa, comprando a diestro y siniestro sin cesar, con lo que afianzó naturalmente el crédito de su patria. Es notorio que ganó una fortuna enorme al saberse en Londres la noticia de la victoria de Wellington; todos los valores que había

acumulado experimentaron un alza fenomenal.

No sucede muy a menudo que tamaños emocionantes episodios de la historia lleguen a plasmarse en la pantalla de modo tan brillante y cuidadoso. Muchos meses de estudio y trabajo precedieron a la filmación de «The House of Rothschild», y la majestuosa escena final de la película, en la que Nathan Rothschild recibe el título de barón, como recompensa por sus servicios patrióticos, ha sido filmada enteramente por el proceso tecnicolor, dando así el último toque magistral a la magnífica narración cinematográfica.

Una "estrella", con "Las cuatro hermanitas", admira a los australianos

La película «Las cuatro hermanitas» acaba de estrenarse en el teatro State con un éxito indescriptible.

En su role de «Jo» se ha posesionado Katharine Hepburn del corazón de los australianos, quienes hasta hoy no la ha-

bían aceptado por completo como estrella de primera magnitud.

Puede ahora decirse que en este vasto continente —en donde la afición por el cine alcanza proporciones extraordinarias— ha logrado miss Hepburn imponerse con «Las cuatro hermanitas» a un grado tal, que su nombre corre de boca en boca como «el fenómeno del cine».

«Las cuatro hermanitas» probablemente permanecerá en el cartel del teatro State por varias semanas.



George Arliss, el notable actor que alcanza su gloria máxima en «The House of Rothschild».



Un grupo de bellas señoritas, admiradoras de la eximia actriz Catalina Bárcena, la obsequiaron, a su llegada a Barcelona, con un hermoso ramo de flores. La "estrella" española agradeció vivamente la gentileza de sus admiradoras.

¿QUIÉN DESCUBRIÓ EL BRASIL?

¿HABRÁ sido Juan Cousin, el francés; Vicente Yáñez Pinzón, el español, o Juan Ramalho, el portugués? Los historiadores parecen estar en desacuerdo con respecto al nombre del aventurero que se supone haya tocado por primera vez las playas del gran país que es ahora el Brasil, pero en lo que todos concuerdan es que la bandera real lusitana fué plantada en ese país por el portugués Pedro Alvarez Cabral.

Pasaron los años. El país creció. El emperador Pedro I se hizo famoso por el impulso que le dió al desarrollo de la gran ciudad de Río de Janeiro, urbe que en aquel entonces era la más opulenta y populosa del continente Sudamericano.

En 1888, durante el reinado del emperador Pedro II—quien se encontraba ausente por enfermedad—, la princesa regente Isabel expidió un decreto aboliendo la esclavitud.

La abdicación del emperador no se hizo tardar, y en 1889 la República fué proclamada con el mariscal Deodoro da Fonseca de primer presidente. Río de Janeiro, en aquel entonces, contaba con 250.000 habitantes, y el país entero con unos catorce millones.

La notable estabilidad del sistema constitucional del gobierno brasileño no sufrió cambios violentos de carácter polícorrevolucionario hasta 1930, año en que el presidente actual, señor Getulio Vargas, subió al poder bajo el impulso de la rebelión de casi todos los estados federales, encabezados por los de Río Grande do Sul y Minas Geraes.

En lo referente a población, el Brasil es el campeón actual de la América del Sud con más de cuarenta millones de habitantes, pero Río de Janeiro, la capital ¡Carioca!—nombre que se le da a todas aquellas personas nacidas dentro del perímetro del Distrito Federal—, no contando más que con unos dos millones de habitantes, ha cedido el primer lugar a Buenos Aires, que cuenta con unos 2.200.000. Sin embargo, además del segundo lugar, tiene el Brasil el honor de ocupar también el tercer lugar con Sao Paulo, centro cafetero mundial, cuya población monta a más de un millón.

Las mujeres del Brasil tienen fama por su belleza—atributo del que sin duda se habrá percatado Louis Brock, productor de la sensacional película «Volando hacia Río de

Janeiro»—, pues dicho señor tuvo amplia oportunidad de admirarlas durante sus viajes por Ceará y Río Grande do Sul y sus paseos por la Avenida Río Branco, puesto que al producir dicha película en los estudios RKO-Radio, insistió que solamente mujeres de gran belleza y de tipo latino, se incluyeran en el reparto.

Aún más: dicho señor Brock insistió que los instrumentos musicales procediesen del Brasil y que la música—de la cual la machicha «Carioca» es una notable muestra—fuese típica brasileña. El resultado de tales precauciones las han justificado con creces, pues aun para el que esto escribe es motivo de sorpresa ver la manera tan asombrosa como se ha popularizado la machicha «Carioca» en los Estados Unidos. En la radiodifusión, en las academias de baile, los cabarets, teatros, etc., no puede ir uno a ninguna parte sin que la melodiosa, digamos pegajosa, «Carioca», deje de escucharse.

Después del café no cabe duda que la popularidad actual del Brasil—en los Estados Unidos, cuando menos—se debe a Louis Brock con su magnífico film «Volando hacia Río de Janeiro», en el que además de los bailes, muchachas, argumento y ambiente típico brasileño, se ven interesantes vistas de la ciudad, bahía y montañesa belleza de Río de Janeiro, vistas que fueron tomadas ex profeso para dicha película por J. Roy Hunt.

Viviendo como vivo lejos del Brasil y no habiendo tenido aún la feliz oportunidad de visitar a ese país, fué para mí motivo de gran satisfacción asistir al estreno de dicha película en el «Music Hall» neoyorquino, y desde luego doy mi voto en favor de Louis Brock como el descubridor moderno del Brasil en términos mundiales.

FIDELIDAD POR PARTIDA DOBLE

CABALLOS, perros, elefantes, gorilas, cochinitos y hasta ratones, han sido glorificados en la pantalla para edificación del reino animal y diversión de la raza humana. La fidelidad que los animales capaces de domesticación demuestran por la humanidad y el cariño que ésta pone en

aquellos, es bien conocida, pero son raros los casos en que la angustia causada por la muerte de un cuadrúpedo obliga a un individuo a suicidarse.

Este, sin embargo, es el caso que acabo de leer en un periódico de Collingswood (New Jersey), en donde se relata que un anciano, George Shivers, tenía un caballo a quien quería mucho.

El caballo murió. «Nunca podré reemplazarlo», cuenta la esposa de George Shivers que el anciano afligidísimo decía, «pues para mí era como un sér humano».

Un buen día la esposa encontró colgado a George Shivers en el pajar de la granja. No pudo el pobre hombre sobrellevar la pérdida de su equino.

«Suicidio», dijeron las autoridades, dando el caso por terminado.

Pero la moral perdura.

Un caso parecido al narrado, pero sin los ribetes trágicos, acaba de ser llevado al lienzo de plata.

Un hombre y un caballo se profesan inmenso cariño. Walter Huston interpreta al hombre, soldado de profesión, y «Rodney» es el nombre del corcel guerrero.

Juntos en la batalla y juntos en el campamento es tan admirable la amistad que se profesan, tanta la fidelidad que los anima, que en varias ocasiones ha rehusado el soldado la promoción que sus años de servicio ameritan, por el simple hecho de que los galones de oro le separarían de su fiel equino.

En el epílogo de este nuevo film, «Keep'm Rolling», prefiere Walter Huston convertirse en desertor antes que ejecutar la sentencia impuesta por el nuevo comandante en su caballo «Rodney». Juntos desaparecen en el silencio de la noche en busca de un lugar que los ampare. El caballo, ya viejo y casi inútil para las maniobras militares, no entiende, pero sigue a su amo hasta donde éste le lleve, así sea hasta las sombras perennes. Huyen, huyen sin saber hacia dónde.

Afortunadamente, Frances Dee interviene en el asunto, dándole un cariz doméstico que libra a Walter Huston del calabozo y que pensiona a «Rodney», asegurándole su pienso diario.

El cinéma, en esta ocasión, como en algunas otras, ha llevado a la pantalla un hecho real henchido de esa emoción que sólo puede dar la vida.

• POPULAR FILM •

“¡Eski-o-lay-li-o-mo!”

I

(De la película Fox, “Yo soy Susana”, música de Frederick Hollander).

PIANO

The musical score is written for piano in a single system of five staves. The first staff is marked 'PIANO' and 'f' (forte). The second staff is marked 'p' (piano). The score consists of five systems of staves, each with a treble and bass clef. The music is in a 2/4 time signature and features a variety of notes, rests, and dynamic markings. The first system starts with a forte (f) dynamic, followed by a piano (p) dynamic in the second system. The score includes various musical notations such as eighth notes, quarter notes, and rests, as well as slurs and accents.

*Bebida exquisita
y saludable*



Para obtener una bebida grata al paladar, de sabor delicioso y exquisito, que proporcione al organismo una maravillosa sensación de bienestar y que por su composición sustituya con ventaja y economía a las más famosas aguas minerales, nada hay tan indicado como las incomparables

Sales LITÍNICAS DALMAU

las que mezcladas en el agua o vino, son ideales para las comidas.

PRUÉBELAS
UNA VEZ Y
USTED LAS
ADOPTARA

ZIG-ZAG

HABLANDO DE "ASTRONOMÍA"

HEMOS de ocuparnos también, alguna vez, de los «astros» del cinema. ¡Ya lo creo! Existe una gran disparidad entre la opinión que uno se tiene formada de los artistas de cine, y la aplicación que se les da en todos los estudios europeo-americanos. Mas no por esto hemos de dejar de ocuparnos de ellos. Hoy de una cosa y mañana de otra; pero hemos de ocuparnos. En el cinema hay figuras interesantes. Existen también divos; divos y más divos, especie de marionetas despreciables. Verdaderos falsificadores de la vida; modelo de morbosidad estupefaciente. Contra esto... tenemos que ir en todo momento.

Cualquier mujer u hombre comprenden la inutilidad del estrellato cinematográfico, cuando los *grandes hombres*, encargados de dar vida al cinema, hacen caso omiso de su justa significación. Si no protestan es porque ya son presa absurda de su influencia. Aun así se oyen juicios con frecuencia. El espectador más típico comenta «Cena a las 8».

—¡Tonterías! ¡Lástima de dinero!

Un juicio redondo expuesto por un viejo escéptico. Respetable, enlutado, calvo y, quizás, empleado de las funerarias del Carmen. Suele ir al teatro cuando representan el «Tenorio», o cuando estrena un dramaturgo de historia, como el autor de «El divino impaciente». En el Capitol le ha estado doliendo el bolsillo; ahora se queja con angustia. Pensaba que detrás de la fastuosidad habría algo. Pero no ha visto nada. ¡Pobre señor!

El cinema de hoy hace fluctuar a los cineastas de ayer. Desde que se le murió su marido no va doña Clotilde al cine. Ahora, su hija es mayor; tiene novio; al novio le gusta el cine y es, además, una persona entendida. Cuenta con un gran número de calificativos para todos los films que ve y oye.

Doña Clotilde está de mal humor.

—¿Y para esto me habéis traído al cine?

Gesticula como una futura suegra marimandona.

—¡No vendré más! El cine de hoy no vale nada.

La hija trata de convencer a su madre.

—Eres muy anticuada, mamá. ¿No viste qué trajes tan preciosos salían? ¡Oh, qué delicia! Mi ideal sería tener uno como el de esa rubia que se llamaba Polly.

El novio se traga una palabra y desaparece con su futura suegra y con su novia.

—¡Un tostón!

Es lo único que dice, y en voz baja.

Si el público hiciese una crítica mordaz del cinema, sería otra cosa. Esto equivaldría a tanto como a reconocer una cultura cinematográfica en la gente que, de ordinario y de extraordinario, acude a las sales de proyecciones. Pero no es así. Para esto sería necesario que leyese las críticas y las revistas de orientación. El público, la mayoría del público, no lee ni sabe nada acerca del cinema. Solamente determinadas jovencitas y jóvenes leen y estrujan en sus manos una especie de revistas que les desorienta y embrutece. Asimilan con un entendimiento dorado todo aquello que se refiere a las «estrellas» que en algún tiempo soñaron también y fueron aspirantes.

—¡Escucha esto, Tonina!

Un ramillete de femenina juventud piensa a su manera. Traza su porvenir sobre el reportaje de un refinado periodista cinematográfico.

—¡Mirad lo que pone! Betty fué acomodadora. Un señor le dió un fuerte pisotón. Le hizo tanto daño, que ella dió un grito e hizo un gesto horrible. Ya los estáis viendo. Al día siguiente fué Betty al despacho de ese señor. No sé qué vería en ella...

—Este escritor es un antipático. No dice lo que pasó...

—No importa. Betty erá a los tres meses

«estrella». ¡Qué hombres tan guapos hay en el cine, Tonina! Tenemos que hacer nosotras lo mismo que Betty, ¿queréis? Acomodadoras... Después besaríamos a los artistas más guapos. ¡Yo prefiero a Mojica!

—¡Bah! Tienes mal gusto. Donde esté Henry Garat...

Alegría y bailoteo. Idas y venidas. Cantan, declaman y hacen gestos. Hay que hacer deporte. También juegan al tenis, se bañan en la piscina y aprenden a conducir el automóvil. Sus padres y sus madres andan de cabeza, pero ya lo tienen todo completo para ser «estrellas». Les falta oxigenarse el pelo. Esto se hace en seguida. Unas cuantas pesetas a madame Lambert, y ya está. Pueden ser artistas. Besar a Mojica y a Henry Garat. Verse en la pantalla y tener muchos pretendientes. Ahora se estilan los hombres de rostro delicado y músculos serenos. Pien-



san en sus desvaríos cinescos, lo horripilante que es el que un hombre con músculos de acero las salve de un incendio; prefieren que un galán de afeminada delicadeza las zarande en un lujoso baile. Lo requiere el siglo o el año.

Esta es la inteligencia cinematográfica de nuestra exquisita juventud.

El «estrellismo» se impone; sigue siendo una plaga sin límites. Contra más idiota es un artista, con más admiradores de ambos sexos cuenta. Basta con una sonrisa perenne, una dentadura blanca, unos labios gordos y una buena garganta para cantar. No es poco lo que ponen los artistas de cine. Pero los que más ponen son los directores, los escenaristas y los escenógrafos. Contra más tonterías se inventan a propósito, más consustancial es la obra.

Henry Garat, Chevalier, José Mojica, Roger Treville, Carlitos Gardel, Raoul Roulien, Ramón Navarro y toda esta serie de auténticas divinidades cinematográficas, forman un espejo y antagónico bloque contra los que pudiéramos llamar «machos del cinema». Del «estrellismo» femenino no tenemos ni una muestra que nos aliente. Hollywood se encarga de cepillar a las escasas mujeres como Dorothea Wieck.

De los hombres podemos sacar todavía algún partido. Aunque muchos de ellos no nos

dicen artísticamente nada, por lo menos son personas que pasan íntegramente a ser personajes. Wallace Beery, George O'Brien, el malogrado Ernest Torrence, Spencer Tracy, Charlie Chaplin, Edward Robinson, Paul Muni, Clive Brook, Víctor Mc. Laglen, Gustav Diessel, Jean Angelo, Tom Mix, hermanos Barrymore y Douglas Fairbanks, Conrad Veidt y Emil Jannings también, son actores magníficos que ponen muchísimas veces todo cuanto de bueno tiene una película de su parte. ¿Tiene la culpa Spencer Tracy de que el fondo de «20.000 años en Sing-Sing» sea idiota? Spencer Tracy es un actor sobrio y admirable, como muy pocos hay en Norteamérica.

Sería curioso saber cómo piensan las chicas de artistas como Spencer Tracy, Wallace Beery y Edward Robinson. Maureen O'Sullivan dice que estaría encantada si trabajase siempre con hombres como Johnny Weissmuller y George O'Brien.

—Johnny me salva de los repugnantes pigmeos, de los monstruosos gorilas y de los leones; George lucha y vence a los bandidos del Oeste que me raptan a mí y que preten-

den robar la hacienda o el ganado de mi hermano o de mi padre. Así da gusto. Hé- roes como éstos me encantarían en todos mis papeles.

¡Aprended, muchachas! Esto lo dice una actriz de Cinelandia. Si lo dijese siete o diez más y si los periódicos lo tomasen por su cuenta, bastaría para que vosotras sustituyerais los dedos de sarmiento de Raoul Roulien, por las manazas de acero de George Bancroft.

Esto sería lo ideal; desde aquí se iría a otra parte, pero no creo que fuese muy sano. Cuando un juicio no se emite sin tener una plena convicción de por qué se emite, resulta contraproducente. Las jovencitas y los jóvenes dirían afirmativamente lo que el respetable y enlutado calvo y doña Clotilde dijeron negativamente.

—Mi delirio es un actor como Gustav Diessel—diría una muchachita de cejas a lo Marlene.

—«Cuatro de infantería» y «Una de nos- otras», son dos películas muy bonitas.

—Mi delirio es un actor como Spencer Tracy—diría otra batiendo el aire con una raqueta de tenis.

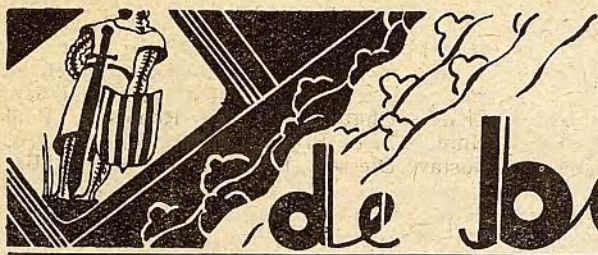
—«20.000 años en Sing-Sing», «La ley del Talió» y «El poder y la gloria», son tres películas muy bonitas.

Y aquí llegaría todo. Palabras más propias de sueños que de pensamientos.

Los divinos «astros» como Mojica y Roulien, morirían gracias a la caprichosa veleidad de las jovencitas, pero no a un avance sincero de la consciencia cinematográfica propagada en el público.

Este no es el camino; habría que escoger otro. Sin duda llegaremos, con el tiempo, a él.

A DEL AMO ALGARA



pantalla de barcelona

ESTRENOS

Coliseum: "El agua en el suelo"

CON «El agua en el suelo» acaba de nacer el cine español. Sencillamente esto. Las películas realizadas hasta ese momento en España, no son racialmente españolas, ni apenas cine en la mayoría de los casos. Intentos, algunos, muy pocos, loables, y los más indignos de tomarse en consideración.

Hacer películas españolas con patrón extranjero, sin esa inquietud de orden espiritual que debe acompañar toda creación artística, sin el firme propósito de reflejar en el celuloide el alma de nuestro pueblo, me ha parecido siempre la manifestación más terminante y aterradora de nuestra impotencia y de nuestra incultura.

Pero «El agua en el suelo» es una flecha lanzada briosamente y con buena puntería al porvenir del cinema hispano. Y una bella realidad.

En esta cinta hay tres elementos de mérito excepcional: el animador, la cámara y la intérprete.

Eusebio Fernández Ardavín ha cogido un asunto levisimo, trazado con esa finura y esa gracia que imprimen a todas sus comedias —y una comedia es «El agua en el suelo»— los Alvarez Quintero, y le ha dado ritmo y vida cinematográfica en el celuloide. Pero ritmo y vida limpiamente españoles. Es la primera vez, en nuestro cinema, que paisaje y figura forman un todo, que la imagen reacciona ante los hechos que desarrolla la acción de acuerdo con el ambiente en que se producen, con arreglo a la moral y a la idiosincrasia españolas. Lograr esto, que permanecía inédito en el cine hispano, es lo más importante y meritorio que ha conseguido Fernández Ardavín. Lo demás se lo disculparíamos de buen grado si algo hubiera que disculpar, que no lo hay. Porque, por añadidura, Fernández Ardavín tiene perfecto dominio de la técnica y conoce la aplicación oportuna de todos los trucos. Sin las cualidades de realizador que posee Fernández Ardavín, «El agua en el suelo» sería teatro quinteriano cien por cien por el modo peculiar de hacer de los ilustres comediógrafos y por el pergenio de los tipos, de trazos y esencia teatrales. Han bastado el talento y la sensibilidad de un director para convertir todo eso en buen cinema.

La cámara ha seguido inteligentemente las indicaciones del guión. La fotografía es nítida y magníficamente contrastada de luces. Angulos y planos han sido tomados con pleno conocimiento de los valores plásticos. Hay unos fundidos y unos «travellings» conseguidos con maestría. Ninguna cámara puede superarlos. Magnífico trabajo el de estos operadores.

Y luego, la intérprete. Juvenil, bellamente fotogénica, precisa de gesto y de ademanes, aportando a cada frase la emoción o la intención que requiere, sintiendo y viviendo a su personaje—una deliciosa figura femenina—con absoluta naturalidad... Así es Maruchi Fresno.

El talento interpretativo de Maruchi Fresno, su finura espiritual, su belleza puramente fotogénica, le asignan un primer lugar en el cinema español, en esta su primera salida a la pantalla.

Ante los tres altos valores apuntados, lo demás palidece. Pero no sería justo desdeñarlo. Hay, por el contrario, que destacar a Luis Peña, Nicolás Navarro, Pepe Calles y María Anaya, que perfilan sus tipos con

gran soltura y dignidad artística. Y al maestro Alonso que ha escrito una partitura melódica e inspirada, magistralmente ajustada a las imágenes, cuya acción acompaña.

«El agua en el suelo» es una producción de la C. E. A., de Madrid, cuya exclusiva pertenece a Cifesa, a la que alcanza el éxito enorme de esta película cien por cien española.

MATEO SANTOS

Capitol: "El frente invisible"

EL espionaje ha sido tema de muchos films. «El frente invisible», de la Universal, es una película más que lleva a la pantalla esa intriga siniestra del espionaje, pero presentada con cierta originalidad y, sobre todo, desarrollada en forma

Miss Cataluña, genuina representante femenina de la elegancia barcelonesa, visitó recientemente la

Maison Germaine

6, Puertaerrisa, 6

en donde adquirió un magnífico modelo de sombrero que ha coadyuvado a realzar su natural belleza y elegancia entre la buena sociedad, quedando maravillada de la espléndida colección de modelos que, del más distinguido y refinado gusto, presenta dicha casa.

que ni un solo momento pierde interés para el espectador.

Richard Eichberg ha puesto al servicio de este asunto toda su inteligencia de realizador, logrando una película excelente, tanto por su técnica como por el desarrollo de su acción, siempre viva y de matices realistas.

En la interpretación se distinguen notablemente Karl Ludwig Diehl y Trude von Molo, que trazan los personajes que se les han encomendado con gran vigor dramático.

Kursaal: "Sierra de Ronda"

LA leyenda del bandido generoso, que exalta la imaginación de las gentes sencillas con sus proezas, algunas sin otra realidad que la que le da el mismo pueblo, empeñado en elevar a la categoría de héroe al que vive fuera de la ley. Romance de ciego y cartelón de feria. De todo esto tiene «Sierra de Ronda», por la voluntad de su realizador, Florián Rey, que si no ha logrado en esta ocasión una película perfecta y de gran envergadura dramática, sí ha conseguido hacer un film estimable por su hondo españolismo—a pesar de derivar, creo que conscientemente, hacia lo caricaturesco—y por el trazo psicológico de la mayoría de sus personajes, de auténtica cepa española.

No está exenta «Sierra de Ronda» de cierta ironía, mejor de cierta sorna, en algunas escenas, como la del recibimiento a «Antonio Flores», el hombre que un error judicial y la cobardía de un pueblo llevó a presidio y que su rencor y deseo de venganza lanzó a la

sierra. Y aquella otra de la sesión del Consejo, con el discurso del secretario. Y la de los presidiarios dibujando con tiza sobre el encerado una mujer desnuda, a la que van añadiendo detalles.

Antonio Portago sólo regular en el papel de protagonista, así como Rosita Díaz en el suyo. Los mejores intérpretes, para nuestro gusto, Pepe Calle, gracioso y naturalísimo en el secretario, y Fuensanta Lorente en el suyo de ama, sin mando, de su hacienda.

El público acogió el film con simpatía.

Fantasio: "Las sorpresas del coche-cama"

UN vodevil que sólo a ratos conserva esa finura, esa gracia en que son maestros los franceses cuando cultivan este género que del teatro ha pasado al cine.

Hay en «Las sorpresas del coche cama» demasiado enredo para no desplazar la cámara de los protagonistas, y abundancia de escenas y tipos de corte bufo que desvirtúan las esencias de un buen vodevil para que podamos aceptar esta producción como un film logrado.

Sólo Florelle, con su vivacidad, su picardía y su formidable temperamento interpretativo, logra perfilar con naturalidad su personaje, que cobra vida en medio de una colección de muñecos sin el menor asomo de humanidad.

La nueva directiva de la Mutua Cinematográfica Española

HACE unos días tuvo lugar la junta general extraordinaria de la Mutua de Defensa Cinematográfica Española para proceder a la elección de cargos, habiéndose elegido en medio del mayor entusiasmo y por aclamación los señores siguientes:

Presidente, don Pedro de Vallescar Pallí; vicepresidente, don José M. Blay Castillo; tesorero, don S. Huguet; contador, don Miguel Vallcorba; secretario, don Miguel de Miguel; vocales, don Juan Verdaguer y don Juan Riera, que, en unión de don Ernesto Gómez, vocal delegado de la sección de Alquiladores y don Max Noldin, vocal delegado de la sección de Editores y Vendedores, integran el nuevo Consejo de gobierno de dicha corporación.

Siendo propósito del nuevo Consejo mantener un estrecho contacto con todos los asociados por mediación de la Prensa, ha anunciado que periódicamente, al igual que la mayoría de entidades económicas, se facilitarán notas de las gestiones que se lleven a cabo y acuerdos que se tomen relacionados con la defensa de los intereses de todos los asociados.

El día anterior se celebró asimismo reunión extraordinaria de la sección de Alquiladores de esta entidad para proceder a la elección de presidente, recayendo la misma en don Ernesto Gómez Miravé, que ya venía desempeñando dicho cargo, al que se otorgó un amplio voto de gracias por su pasada gestión, acogiéndose con agrado su reelección para el cargo.

En la sección de Editores y Vendedores fué proclamado por aclamación don Max Noldin para presidente, y vocales: la casa Vilaseca, representada por don Juan Cuxart, y la casa Cinematográfica Nacional Española, S. A. Cinaes, representada por don Marcos Salazar.

ARMONIAL RADIO
PLAZA DEL SOL 15-BARCELONA-G.
Tel. 73249

APUNTE A PLUMA DE DOROTHEA WIECK

¡UNA personalidad inquietante! Así definen muchos o tratan de definir a Dorothea Wieck. La novísima estrella de Hollywood, la que llegó a la capital del cine yanqui precedida de la fama de su maravillosa interpretación en «Muchachas de uniforme».

Y la llaman personalidad inquietante porque no aciertan a saber si esos ojos tan límpidos, esa frente tan serena, velada a veces por una ligera sombra de tristeza, esa actitud en que parece adivinarse en ella un vago desasimiento de las cosas mundanas, expresan en verdad un alma femenina como la que Dorothea Wieck nos hace imaginar; o sean, solamente medios naturales o adquiridos de que se vale la actriz.

¿Cómo es Dorothea Wieck? ¿Se parece en la vida real a la que vemos en la pantalla? ¿O es, por su carácter, algo totalmente distinto?

La contestación es afirmativa y negativa al mismo tiempo. Durante la filmación de una película la actriz y la mujer se compenetran, se funden en una sola personalidad. Difícil será que haya tenido Hollywood ni ahora ni antes quien, como Dorothea Wieck, viva con tanta intensidad, con tanta totalidad, los papeles que representa.

Cuando, por decirlo así, recobra su verdadera personalidad, que es cuando la del personaje a quien representa ha quedado ya fijada en la pantalla, Dorothea Wieck es una joven expansiva, amable, tierna, gentil con todos, jovial. Cuando sonríe, sus dientes, blanquísimos, y sus ojos decididos, hacen que su rostro todo aparezca irradiar alegría y felicidad.

Dorothea Wieck es amante de la vida de familia; sin embargo, las exigencias de su carrera artística la obligan a vivir alejada de los suyos. Para aceptar el contrato que le ofreció Paramount, cuando todas las demás editoras se disputaban a la brillante intérprete de «Muchachas de uniforme», Dorothea Wieck tuvo que separarse de los suyos, y hasta de su marido, el barón Ernst von der Decken, al cual retenían en Berlín sus deberes de periodista. Empero, la ocasión era decisiva para su porvenir de artista, y hubo que hacer el sacrificio que suponía no dejarla pasar.

A Dorothea Wieck le gusta la buena música. Y es explicable, porque lo tiene en la sangre. Su tatarabuelo fué el gran compositor Schumann y es biznieta de la notable pianista Clara Schumann-Wieck.

No le agrada que en las entrevistas le hagan preguntas acerca de su régimen de alimentación. No ve qué interés pueda tener para nadie saber qué lo que come principalmente son legumbres, frutas, y que sólo toma cortas cantidades de carne. Como bebidas, le agradan la leche y el jugo de frutas, principalmente de naranjas.

Lo sencillo de su alimentación y lo metódico de su vida contribuyen sin duda a conservarle el cutis que es envidia de muchas y admiración de todos. Es una de las pocas actrices de Hollywood que no necesita contribuir con arte alguno al arreglo de las cejas, pues las que le dió la naturaleza son perfectas.

El mayor elogio que se ha hecho recientemente del carácter de ella es el salido de boca de Nina Moise, quien por haber sido codirectora de «Canción de Cuna» y además compañera de ella durante los primeros días de su permanencia en Hollywood, sabe indudablemente lo que se dice: «De todas las estrellas a las cuales me ha tocado tratar,

ninguna me ha parecido tan predestinada a llegar a las más altas cumbres. En ninguna tampoco hallé tan encantadora modestia unida a tan positivo talento.»

Dorothea Wieck nació en Davos (Suiza) y se educó en Alemania y Austria.

Tulio Carminati con Grace Moore

TULLIO CARMINATI, conocido astro de la escena y de la pantalla, hará el galán de Grace Moore, estrella de la ópera y del lienzo, en la primera gran musical que Columbia realiza con la diva.

Víctor Schertzinger, compositor y director, estará a cargo de la producción y contribuirá con varios números originales.

Trayendo consigo una excelente reputación como uno de los mejores actores europeos, Carminati vino a los Estados Unidos para hacer el galán de Constance Talmadge en «La duquesa de Búfalo», a la cual siguieron cinco importantes producciones. Regresó de nuevo al teatro en la producción escénica de «Con la peor intención», apareciendo durante setenta y seis semanas consecutivas y creando una sensación en Broadway. Después de un corto viaje a Europa, Carminati volvió a la pantalla, y entre sus éxitos más recientes se cuentan «Música en el aire», «Molino rojo» y «La dama galante».

Esta musical, cuyo título no ha sido anunciado, será de las más fastuosas producciones de Columbia en la temporada.

Concurso Cinematográfico de "Popular Film"

No es un problema de hoy el que los aficionados al cine lleguen a profesionales y vean resueltas sus ilusiones con las probabilidades de una realidad. Desde que comenzó el cine, el problema existe, y «POPULAR FILM», atento siempre a encauzar nuestros valores, en este momento en que la producción nacional es un hecho, quiere cooperar a sacar del anónimo a los aficionados que realmente tengan un valor positivo y sirvan para intérpretes de los films rodados en España.

Nuestra labor en este concurso es la de señalar como probables valores en el séptimo arte a los favorecidos con la elección, y, si sus condiciones son favorables, que sean contratados por las casas productoras para elevarlos a la categoría de profesionales, sin que nos guíe otra intención que la de favorecer a nuestros lectores, dejando resuelto este problema de ayer, de hoy y de mañana, de que el que tenga condiciones para ser artista de cine pueda tener un camino abierto para lograr sus aspiraciones, al mismo tiempo que las casas productoras hallen artistas interesantes para impresionar sus films.

No se oculta a nadie que los valores existen, pero por mil circunstancias no se enfrentan con la producción, y esta es nuestra labor: presentar a las casas editoras estos probables artistas de la pantalla. Con este fin

"POPULAR FILM"

abre hoy un

Concurso Cinematográfico

para los dos sexos, en las siguientes condiciones:

- 1.ª Los concursantes enviarán a nuestra Redacción una o varias fotografías, hechas por ESTUDIO ESPLUGAS, PASEO DE GRACIA, 115, que hará un precio popular para este Concurso, poniendo en el respaldo el nombre y dirección del concursante. Cada concursante sólo podrá hacer un envío, aunque en él remita varias fotografías.
- 2.ª Para tomar parte en este Concurso es necesario no haber filmado ninguna película, y, por lo tanto, no ser profesional.
- 3.ª Los concursantes señalarán los deportes que ejercitan, idiomas que poseen, si saben música y canto, etc., etc., porque serán preferidos, dentro de sus condiciones físicas, los que tengan más conocimientos aprovechables en el arte cinematográfico.
- 4.ª Se advierte que este concurso no es solamente de damas y galanes jóvenes; pueden tomar parte en él personas de más edad, porque ya es sabido que el reparto de una película es vario en caracteres y edades.
- 5.ª Cuando quede cerrado el Concurso (cuya fecha de cierre se anunciará oportunamente) el Jurado, integrado por personas competentes, hará una selección de fotografías, que no pasarán de 30, entre los dos sexos, y se publicarán en nuestra Revista «POPULAR FILM» por orden de méritos.
- 6.ª A los concursantes favorecidos por la elección «POPULAR FILM» los recomendará a todas las casas productoras existentes en España, que los someterán a una prueba fotogénica y fonogénica, seleccionando al personal que reúna buenas condiciones para contratarlo como intérpretes de sus próximas producciones.

Una revista bien informada,
de amena lectura, de presentación
magnífica... Eso es "Popular Film".

palabras, recordando a Knowlton su deber. La besó en los labios con vehemencia febril, púsose en pie y avanzó hacia la puerta.

—Me lo dirás al regreso, querida.

En lugar de responder, ella dejó caer los brazos en un gesto de impotencia. Al abrir Knowlton la puerta, Joan suspiró:

—Adiós.

Había en su voz un acento de trágica determinación. El marino volvió sobre sus pasos, acercándose a ella.

—¡No digas eso! Este no es un adiós. No tardaré en volver. Una tercera llamada, brusca e impaciente, interrumpió su protesta. Knowlton giró sobre sus talones dirigiéndose a la puerta.

—Adiós—repitió Joan con voz desgarradora.

Rebelándose contra el indefinible presentimiento de tragedia que parecía palpitara en esa palabra, Knowlton invocó toda la energía de su espíritu alegre y emprendedor.

—No me despidas tan tristemente. Me das miedo. Volveré pronto, volveré pronto—insistió, la segunda vez con voz más alta, como para convencerse a sí mismo.

Joan le vio abrir la puerta y cerrarla de golpe sin volverse a mirarla, y su rostro asumió un aire sombrío y desolado. Toda la vitalidad y el valor, toda la alegría y la intrepidez que Knowlton le había comunicado, se desvanecieron en su espíritu.

—Adiós, amado mío—articuló suavemente para sí.

Pasado un momento, miró a su alrededor con la perplejidad de una criatura que se encontrara de pronto abandonada en un inmenso y solitario yermo. Al levantar las manos para arreglarse el cabello, notó el anillo nupcial que Knowlton había deslizado en uno de sus dedos.

Con gesto de resignación, quitóse lentamente el anillo, lo depositó en una caja de cigarrillos que había sobre la mesa, ajustó la tapa, y comenzó a reparar el desorden de su toilette.

—¿Me hará alguien el servicio de abrir la ventana?—dijo un harinero que se agitaba sudoroso y desasosegado en su tarima. —¡Demonio, qué aire más pesado!

MacDougal se dirigió al tanque de oxígeno.

—¿Desean los caballeros un poco de oxígeno?

—Creo que el gasesillo llegará a gustarme, si alguna vez lo necesitara de veras—observó otro tripulante que había enrollado un cigarrillo y buscado un fósforo.

Un marinero entró con balde y lampazo y comenzó a fregar el piso, silbando la «Marcha fúnebre».

—¡Eh!—le gritó uno de los jugadores de naipes. No te acabes el oxígeno silbando. Aprende a tocar la cítara.

Ptomaine y Sparks estaban en medio de una disputa sobre si Ptomaine había bebido nuevamente extracto de naranja, cuando la áspera voz de un «claxon» resonó en todos los compartimientos del submarino. En un abrir y cerrar de ojos, los tripulantes se levantaron, echando a correr a sus puestos respectivos.

El comandante Toler y los tenientes Knowlton y Nelson, se precipitaron a la cámara de mando, donde Walters observaba a través del periscopio, haciéndolo girar en uno y otro sentido.

—Fondeaminas austríaco a babor, comandante—dijo, cediendo su puesto al comandante Toler.

—¿Están listos los lanzatorpedos?—preguntó el jefe, sin apartar la mirada del periscopio.

Knowlton tomó un tubo acústico y repitió la pregunta:

—¿Están listos los lanzatorpedos?

—Todos los lanzatorpedos están listos para disparar—respondió una voz transmitida por el tubo acústico y audible a los cuatro oficiales.

Con los ojos clavados aún en el periscopio, Toler extendió la mano e hizo girar la manija de un lanzatorpedo. El barco entero sufrió una leve sacudida. A través del periscopio, Toler siguió el torpedo, que surcaba las aguas dejando una estela, mientras avanzaba directamente hacia el fondeaminas austríaco. Inmó-

—¿Te sientes arrepentida, amor mío?

Joan rodeó con su brazo el cuello del marino atrayéndolo hacia sí y acariciándole el cabello.

—No, no estoy arrepentida—murmuró, imprimiendo otro beso en los labios de Knowlton.

Las dos velas se habían consumido casi en los candeleros y el fuego moría en el hogar, cuando alguien tocó imperativamente a la puerta, rompiendo el silencio de la habitación. Knowlton se levantó del sofá y fue a abrir con cautela.

—¡Oh! ¿Cómo va, Brick?—dijo en voz baja al reconocer a su camarada—. ¿Qué pasa?

—Se acabó la fiesta. Tenemos órdenes de levar ancla.

Knowlton mascullo una maldición.

—Esta bien. Esperame, que saldré en un minuto.

—¿En un minuto? ¡En un segundo! Ponte la gorra y la chaqueta. Tenemos que correr para no quedarnos.

Knowlton cerró la puerta y se abalanzó en busca de su gorra y su chaqueta.

—¿Qué ocurre?—preguntó Joan incorporándose en el sofá.

—Órdenes de regresar al barco—repuso Knowlton.

—Pero no inmediatamente...—protestó ella con la sorpresa pintada en el semblante.

—Inmediatamente. Te llevaré a casa.

—No te preocupes de mí; yo puedo volver sola.

En medio de la precipitación, Knowlton no podía anudarse la corbata, pero al fin y al cabo concluyó y se puso la chaqueta.

—¡Oh, mi adorada Joan!—dijole arrodillándose sobre los cojines al lado del sofá y estrechando la mano de la joven—. No olvides cuánto te amo, cuánto eres para mí y cuánto ha caminado para mí el mundo desde que te he conocido.

—Hay algo que he estado tratando de decirte—murmuró Joan con tono vacilante—; pero ahora...

Una segunda e insistente llamada a la puerta interrumpió sus

No se veía un alma en la calle. El lugar había quedado completamente desierto, pero el aire se estremecía aún con el silbido penetrante de la sirena y con el estallido de las bombas y granadas disparadas hacia lo alto por la artillería antiaérea. En el aventurado y rápido descenso habíase rasgado lastimosamente el vestido de Joan. Knowlton la retuvo un instante entre sus brazos antes de depositarla a salvo en la plataforma desde el último travesaño de la rueda.

—¡Valiente chica!—le murmuró al oído con entera convicción. Ahora voy a buscar los zapatos.

—Lo que ahora nos hace falta es un sótano a prueba de bombas—exclamó ella, recuperando su entereza y alegría habituales al sentirse de nuevo en tierra firme.

—Conozco un sitio que nos viene de perlas—contestó Knowlton, mientras, arrodillado, le calzaba los zapatos que acababa de encontrar. La tomó de la mano y echaron a correr por la calle, alejándose del ominoso lugar. A cada fogonazo y explosión de alguna bomba lanzada por los aeroplanos enemigos, hacía guarecerse a Joan en el portal más cercano escudándola con su propio cuerpo. Cuando cesaban los ecos del estallido y se calmaban los alaridos e imprecaciones de la gente que, como ellos, buscaban refugio en el umbral de las puertas, tomábala de nuevo del brazo y continuaban huyendo de la zona que servía de blanco a los proyectiles.

Al cabo llegaron a la casa adonde se dirigía Knowlton, la «base de operaciones» que había preparado Walters. Entraron precipitadamente, cerrando tras sí la puerta. No oían ya los ruidos de la calle ni el estridor de la sirena.

La habitación, tenuemente iluminada por una lámpara de pantalla rosa, pareció a Joan un puerto de refugio después de los peligros a que se había visto expuesta al descender de la rueda aérea y atravesar la vía pública.

—¿Dónde estamos?—preguntó, mirando en torno con aire perplejo.

—Pero, ¿por qué?
—Sólo deseo conocerla como es usted ahora.
—La conozco tan bien como podría conocerla en mi vida en-
tera. Sólo deseo conocerla como es usted ahora.
—Pero, ¿por qué?
—Sencillamente porque la amo.
—Ella reprimió el aliento.
—No diga usted eso!
—No puedo callarlo.
—Pero hay algo que debo decirle.
—No me lo diga usted—le suplicó Knowlton, incorporándose de rodillas sobre los cojines y tomándole la cara entre ambas manos—. Este momento nos pertenece solamente a nosotros.
E inclinándose de pronto la besó apasionadamente en los la-
bios, mientras ella trataba de rechazarlo apartándole con las
manos. El marino redobló sus besos y ella continuó resistiendo,
pero cada vez más débilmente, hasta que, al fin, respondió con
arientes labios en un beso prolongado. Knowlton la apartó de
sí por un momento, mirándola intensamente en los ojos.

—Oh! Estoy hecha una ruina, y usted lo sabe—respondió ella.
—Pues entonces es la ruina más hermosa que he visto—insis-
tió Knowlton. Y colocando dos cojines en el suelo, junto al
sofá, instalóse allí contemplando a la joven. Atrajo hacia sí la
mano de Joan y la oprimió contra su propia mejilla.
—Gracias por la galantería—dijo Joan.
—Es usted la criatura más exquisita que pisa la tierra.
—¿Cómo puede usted decir semejante cosa, cuando apenas
me conoce?
—La conozco tan bien como podría conocerla en mi vida en-
tera. Sólo deseo conocerla como es usted ahora.

—Es usted tan bella al resplandor de la chimenea...!—dijo
en tono sencillito.
—Oh! Oh! Estoy hecha una ruina, y usted lo sabe—respondió ella.
—Pues entonces es la ruina más hermosa que he visto—insis-
tió Knowlton. Y colocando dos cojines en el suelo, junto al
sofá, instalóse allí contemplando a la joven. Atrajo hacia sí la
mano de Joan y la oprimió contra su propia mejilla.
—Gracias por la galantería—dijo Joan.
—Es usted la criatura más exquisita que pisa la tierra.
—¿Cómo puede usted decir semejante cosa, cuando apenas
me conoce?
—La conozco tan bien como podría conocerla en mi vida en-
tera. Sólo deseo conocerla como es usted ahora.

—En un sótano a prueba de bombas, reina mía—dijo Knowl-
ton, agregando con festiva seriedad:—Sírvese tomar asiento.
—Oh! Este es el lugar donde usted...
—Sí, donde vivo mientras estoy en tierra.
—Mire usted esto!—exclamó Joan, señalando con gesto las-
timero su desordenado cabello y desgarradas ropas—. ¡Estoy
completamente deshecha! ¿Tendría usted, por ventura, algo
con que hilvanarme?
—Claro que sí; voy a procurárselo ahora mismo.
Dirigiéndose al armario de licores, colocado a un extremo de
la habitación, sirvió dos copas de whiskey y ofreció una a Joan
con fingida ceremonia.
—¿Qué cabeza de chorlito!—exclamó ella sonriendo ante el
desparpajo del teniente, pero agregando con ahinco: De ve-
ras, necesito algunos accesorios para rehacerme: horquillas,
alfileres, un imperdible.
—Esto la va a rehacer, prenda mía; y, por otra parte, está
usted encantadora con el cabello suelto.
Hízola recibir el vaso notando, al entregárselo, que la mano
de la joven temblaba aún a causa de las emociones sufridas.
—Mejor siéntese usted aquí—insistió Knowlton arreglando
los cojines del canapé.
Joan se dejó caer en medio de los almohadones y levantó los
ojos de largas pestañas, mirando al teniente.
—Debe usted disculparme—dijo—. He pasado antes por estos
trances y siempre me dejan trémula.
—Ha pasado usted por muchas aventuras, ¿no es cierto?
—No.
—Oh, sí, es cierto! Lo he visto en sus ojos desde la primera
vez que la conocí. Son los ojos más hermosos que he visto en
mi vida, pero tienen una expresión que, ¡vamos!, que revela
mucho por lo que usted ha pasado—concluyó débilmente
Knowlton.
Mientras hablaba, el marino había corrido las cortinas de la

—Sí, Brick—contestó gravemente Knowlton—. Por primera
vez en mi vida.
Dos días después, el submarino «AL14» navegaba sumergido
frente a Durazzo, con sólo el periscopio sobre el nivel del agua.
En los cuarteles de la tripulación estaban diseminados los ma-
rineros, sucios y desaliñados. Dos de ellos jugaban a las car-
tas; otro, Sparks, estaba absorto en su acostumbrada partida
de solitario, que jamás ganaba. MacDougal y Ptomaine se
habían encaramado en una tarima, y el cocinero leía un libro
de cirugía dental. De pronto levantó el libro en un arranque
de interés y con el entusiasmo de un descubrimiento.
—¡Ajá! Ahora comprendo por qué no pude arrancarle los
dientes al inglés—exclamó.
—¿Por qué no?—preguntó MacDougal.
—Mira lo que dice aquí—y le señaló al otro párrafo, proce-
diendo a leerlo en alta voz: «Los dientes incisivos están arrai-
gados en una cavidad ósea llamada la «crusta petrosa», y en los
vertebrados inferiores esta substancia se endurece tanto como
el hormigón».
—Oyeme, Ptomaine, tú no has nacido para sacamuelas; me-
jor estudia para albañil.
Ptomaine no hizo caso.
—Tendré que comprarme un par de fórceps—dijo siguiendo
sus pensamientos—. Los he visto, y muy buenos, anunciados
en un catálogo de instrumentos para dentistas.
—Eh, Sparks!—gritó Flannagan, llamando la atención del
jugador de solitario—. ¡Mira qué hembra en la «Gaceta Poli-
cial»! Y levantó en alto la revista, mostrándole la arrogante
figura de una joven que aparecía retratada de cuerpo entero.
—Yo tuve una muchacha más guapa que ésta.
—¿Sí? ¿Y de dónde la sacaste?—preguntó Sparks, después
de echar una mirada a la revista.
—Pues la saqué de otra revista. ¡Y qué hermosa que era!
Casi me vuelvo loco.

Knowlton salió abotonándose la casaca y echó a correr por la
vía pública en dirección de la dársena con Walters, quien de
vez en cuando miraba curiosamente a su silencioso compañero.
—Parece que has encontrado la obra interesante que buscabas
—díjole al fin.
Knowlton salió de su silencio y abstracción, comenzando a
hablar locuzamente, enajenado de entusiasmo.
—Ha sido sólo el primer capítulo! Voy a continuar leyendo.
Walters lo interrumpió:
—Si regresas...
—Pues claro que he de regresar!—repuso Knowlton con en-
tera confianza—. Nada puede sucederme! Ahora tengo una ra-
zón para vivir!
—Dime, ¿qué clase de libro es?—preguntó Walters con iro-
nía—. ¿Primera edición?
—Para mí lo ha sido.
—Supongo que tuviste que cortar las páginas.
—Mira, Brick—interpuso seriamente Knowlton—, no te per-
mito bromas sobre esto.
Walters lo miró sorprendido. Knowlton nunca se había mos-
trado susceptible respecto a sus amos.
—¿Qué te pasa?—interrogó—. ¿Has encallado?

|||||

Una película alegre...

ligeramente vodevillesca y extraordinariamente divertida

|||||

NO SEAS CELOSA




|||||

con CARMEN BONI
y ANDRÉ ROANNE

Exclusiva HUET

|||||

 HUECOGRABADO
PARIS, 134 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

popular-film



Ayuntamiento de Madrid